Carolina-Dafne Alonso-Cortés

MICRO RELATOS

KNOSSOS

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

MICRO RELATOS

KNOSSOS

Copyright: Carolina-Dafne Alonso-Cortés
alonsocac@wanadoo.es
Editorial KNOSSOS. Madrid. 2010.
Www.knossos.es
D.L. M.12033
ISBN-13. 978-84-935306-7-9
ISBN-10. 84-935306-7-0

EL GANCHO

Había sido un médico de las mejores, uno de los más respetados. Luego, con el seguro, se barruntó que la medicina se venía abajo. Era de los que más cobraban, pero ahora tenía un gancho para atrapar a los clientes. Tenía aspecto de gitano o de chulo. Aguardaba a los que venían de los pueblos, en los coches de línea. Se los llevaba al médico, y cobraba la comisión. Y si el doctor no estaba conforme, delante de todos era capaz de armar un escándalo.

FRUTAS

En la mórbida superficie de las frutas de cera, la luz se quedaba tamizada, y los suaves tonos reproducían los naturales. Las manzanas eran amarillas, con un carrillo colorado como el moflete de un niño. Los limones eran rugosos, de un verde-amarillo, y había peras verde claro y uvas amoratadas, y plátanos. Estaban en un frutero de plata, enmedio de la mesa del comedor, junto a los aparadores oscuros con cabezas de guerreros. Y la plata brillaba llena de reflejos en la penumbra.

MIEDO

Me gustaba asustarte, es verdad. Por eso en la penumbra, con la única luz de la sala que mamá había dejado encendida al otro lado de nuestro cuarto, la luz que proyectaba sombras en nuestras paredes, yo simulaba ver algo horrible tras de ti, mostraba un terror que no sentía y abría mucho los ojos, abría la boca y te mostraba los dientes, extendía el brazo con el índice agarrotado señalando algo en un rincón al otro lado de tu cama, y tú te quedabas inmóvil, sin pestañear siquiera ni atreverte a mirar hacia atrás, ni siquiera a mover un dedo. Te quedabas sin respirar, y mientras yo hacía visajes y giraba los ojos, mirando siempre al mismo punto con terror.

VUESTRA HERMANA

Vuestra hermana mayor era una chica muy delgada, con el pelo de un rubio dorado, más claro en verano, casi blanco en la frente. Tenía los ojos de un verde claro, la nariz recta, la boca grande con un lunar en el pómulo. Ahora pienso que no era tan guapa como yo creía entonces, y veo que tampoco tenía tan buen cuerpo como a mí me parecía. Tenía el cuello largo, y una curiosa manera de hablar, siseando. Ahora me doy cuenta de que su cabeza era quizá demasiado pequeña en relación con su cuerpo. Sonreía mucho, me parece estar viendo su cara cuando lo hacía. Quizá (eso también lo pienso ahora) sus modales eran un tanto afectados.

INTERNOS

El hermano de la enfermería era pequeño y regordete, todos decían que era marica porque le gustaba poner supositorios a los chicos. Los dormitorios estaban en un ala de atrás, y algunos eran grandes con muchas camas, donde dormían los pequeños. Por la noche, un sereno los hacía levantarse para orinar, y que así no pudrieran los colchones. Los mayores tenían cuartos individuales, tan fríos que los tinteros se quedaban helados en las ventanas. A final de curso se distribuían las dignidades en el teatro principal, nombraban al brigadier y a un subrigadier en cada clase. También concedían dignidades menores.

MAÍZ

Pisábamos la tierra humedecida en los surcos, entre las mazorcas de maíz. Los frutos estaban maduros, de las mazorcas surgían unos penachos suaves como la seda, de color amarillo. Despegábamos los granos con la uña, y cada uno dejaba una huella redonda como una herida. Al final se arrancaban a puñados, se llenaba la boca de su jugo, y había que sacar uno de aquellos hilos amarillos. Al final quedaba un huso lleno de cicatrices, y lo tirábamos entre las cañas siguiendo adelante, canturreando una canción entre dientes.

CONFESIONARIO

Confesábamos cada semana, había una hora fija y acudíamos a la capilla, hacíamos cola frente al confesionario. Todo el mundo cuchicheaba, y el cura no parecía enterarse de nada, encerrado en la caseta con celosías y cortinillas. Sacaba hacia afuera una mano larga y fina, y palmoteaba en la madera de cuando en cuando. Había que hacer examen de conciencia, si habías hablado en la iglesia o criticado, y muchas otras cosas. De tiempo en tiempo una alumna dejaba el confesionario y se arrodillaba en los bancos del centro. Allí se agarraba la cabeza con las manos.

COFRADES

Miraba a los cofrades como a seres de otro mundo, los veía caminar a grandes zancadas por la acera, iba a salir la procesión de semana Santa y tenían prisa. Llevaban la vela apagada en la mano y el capirucho en la cabeza, sosteniendo con la mano libre la careta de seda, y sus ojos brillaban detrás de los agujeros redondos. Apenas la miraban al pasar, con sus pupilas como carbones encendidos, como si hubieran querido adivinar sus pensamientos. Luego veía las espaldas cargadas y los hombros redondos bajo el capirote, y no se movía hasta que no se alejaban, no fueran a volverse y mirarla, y a dejarla convertida en piedra.

PELOTA

Saltaba, hacia botar la pelota, se volvía y regateaba, y avanzaba hacia la cesta. Fue un dolor tan agudo que casi lo hizo caer. Se quedó de rodillas allí mismo, todo lo vieron arrodillado en la arenilla. Lo llevaron a la enfermería, no le hagan demasiado caso, él es así y exagera siempre. Pasó la tarde entre dolores, encogido, el brazo le pesaba, hasta que por fin llamaron a su casa. Le diagnosticaron rotura de clavícula, las astillas del hueso están clavadas en el hombro. Ha tenido que sentir mucho dolor, cómo no me avisaron antes. Llevará el brazo vendado mucho tiempo, bajo el abrigo de mezclilla parda, con un cuello demasiado grande y sin gracia.

GALLEGA

Era gallega y muy bruta, limpiaba tanto que todo lo rompía a su paso. Había logrado cotas increíbles en el arte de romper: ollas de acero, pilas de fregar de dura porcelana, y mesitas de mármol donde se subía a manejar el plumero. El mármol se rompía y la mesa se iba a la quinta puñeta. Había logrado romper quicios de puertas, balaustradas, y hasta que las losetas bascularan a sus pies. Era el suyo un despliegue de fuerza irracional, sin medida, digno de mucha mejor causa. Y hubiera sido a buen seguro una Felicia de Galicia que hubiera dejado por los suelos a una Agustina de Aragón. Pero era cordial, y muy amante de los suyos, por los que se desvivía.

HUESOS

Cogía entre las manos la calavera, al mismo tiempo señalaba cada hueso, dos ungis, dos nasales, dos cornetes inferiores, dejaba resbalar la mano blanca y delgada sobre los huesos como de cera, y lo veían con aprensión hundir los dedos en las cuencas oscuras. Los bordes de los huesecillos no eran lisos, sino dentados, encajaban unos en otros de forma admirable, decía él. Colgado de una percha estaba el esqueleto, los huesos ensartados con alambres. Podían desmontarse a voluntad, empujaban la percha al pasar y el esqueleto bailaba, con un chocar de huesos, se bamboleaba un buen rato y tardaba luego en quedarse quieto.

CAJA NEGRA

Tiene una caja negra de madera con chinas, que todavía sigue oliendo a colonia y a jabones. Tiene un agujero con un escudo de metal para meter la llave, pero la llave se perdió hace tanto tiempo que no recuerda haberla visto. También se cayeron los departamentos de tablillas, menos mal que el espejo de la tapa no se ha roto y yo también lo llevaré al colegio cuando vaya interna. Meteré el jabón con su jabonera, y el peine y el cepillo de uñas, y la peina espesa que nos obligan a tener, y el cepillo y el tubo con la pasta de dientes, todo dentro de la caja negra con chinas pintadas. Habrá que ponerle un candado pequeño, porque hace tanto que se ha perdido la llave.

LLUVIA

Nunca olvidaría el portalón cerrado, la lluvia cayendo tenaz y la calle brillante, iluminada por la bombilla, al lado la gran maleta conteniendo los uniformes y mi padre allí, los dos aguardando a que sonara un crujido, que alguien metiera la llave en la puerta y la hiciera girar, y la lluvia parecía una cortina bajo el débil resplandor de la bombilla, y por fin alguien bajó las escaleras. Sentimos unos pasos quedos en el silencio de la noche, entre el rumor sedoso de la lluvia, alguien metió la llave y le dio vuelta, por el montante vimos el resplandor del farol.

YESO

La tierra brillaba, porque contenía yeso cristalizado en flecha. Arrancábamos los trozos llenos de irisaciones, como si hubieran sido piedras preciosas. Los había limpios y transparentes y estaban formados de laminillas, que podías separar con las uñas. Algunos tenían granos de tierra entre las láminas, y todo estaba cuajado de fragmentos brillantes, que relucían al sol. Costaba trabajo andar por las orillas llenas de maleza que pinchaba las piernas. A veces, la maleza se sumergía en el agua. Había una cortadura en el terreno, como si lo hubieran sajado con un cuchillo, y allí asomaban los trozos de yeso entre la tierra.

ALUMNA

Era imposible aprenderse el catecismo de Ripalda, había que saber preguntas y respuestas seguidas, nada que te diera una pista. También había que saber las áreas y las centiáreas, saber cosas tan aburridas y las fechas de las batallas, por eso aprovechaba para enredar todo el tiempo y dar patadas por debajo a la compañera, o cerrar el pupitre de golpe o rayarlo con una cuchilla, o mirarle el pelo a la de alante o las grietas del techo, o la lámpara del aula vecina que se veía entre los cristales y era un globo blanco con un gris sospechoso de polvo.

ALEGRÍA

El hombre no tiene una gran capacidad de alegría, su cuerpo no está hecho para eso. Por eso cuando la gran alegría llega el hombre queda anonadado, golpeado, tanto o más que después de una racha de desgracia. Tras la exaltación y el asombro llega el estupor, un vacío de malestar. Pero aquello le sirve de algo: entonces advierte cuán cerca había estado del desaliento. Ve que sólo una circunstancia fortuita, una distancia no mayor que el espesor de una moneda lo ha separado del abandono. Piensa que sólo Dios lo ha sostenido, lo ha empujado tan suavemente que ni siquiera lo notaba.

NIÑO

El muchacho, casi un niño, estaba apoyado en el muro con los brazos caídos. Sus ojos estaban vacíos. No llevaba gafas, y parecía mirar al frente con una cara inexpresiva. Parecía pegado al muro, como si lo hubieran sujetado con un gran alfiler como hacen los chiquillos con los murciélagos, o los científicos con las mariposas. Hacía mucho frío, y él no llevaba más que una blusa y una chaqueta con las mangas demasiado cortas. Pero no parecía sentir nada, ni frío ni cansancio, y estaba quieto, apoyado en la pared, sin moverse, con los ojos vacíos.

CACA

A veces subo a la casa de los porteros, que viven en la azotea. El portero duerme después de comer y suelta unos eructos largos y con mucho ruido. Yo juego mucho con sus niñas, son mis únicas amigas. Lolita se mete el dedo en el ojo del culo y lo saca lleno de caca, y luego nos la quiere untar a nosotras. No sé cómo tiene tan a mano la caca para poder sacarla con el dedo. Saca el dedo con una porreta marrón en la punta, y corre detrás de nosotras para untárnosla en la cara. Yo he querido hacerlo como ella, pero no encuentro nada allí.

LA MAÑANA

Despertaban las flores y los árboles, todos bostezando, llevándose a la boca sus tallos con hojas verdes. Se contoneaban al son de la música, las niñas con trajes verdes y faldas de papel Pinocho. Llevaban una gran flor en la cabeza, y había amapolas rojas y campanillas azules, y grandes pétalos de rosa, otras llevaban azucenas blancas como casquetes, se alzaban poco a poco llevando el ritmo de la música, y se agitaban a uno y otro lado como movidas por el viento. Cada vez había más flores despiertas, y la música les decía: "Despertad, oh jardines, prados y flores, ha sonado para vosotros la hora suave y exquisita".

RÍO

El río del Molino era muy bonito, parecía un río de cuento de hadas. Las ramas gráciles de los árboles caían a ambos lados y se sumergían en el agua, levantando remolinos. El agua era verde y profunda cerca de la huerta, y con poca corriente. El verde del agua era oscuro, y los mosquitos la sobrenadaban. Luego la corriente iba haciéndose más fuerte, y al llegar a la cascajera el agua saltaba sobre las piedras redondas. Podíamos cruzar el río saltando sobre las piedras. Las mujeres llevaban allí las ropas a lavar. En las márgenes del río había hierbas altas, y juncos, y las telas de araña se extendían entre los árboles.

AMIGAS

Tenías las manos y los pies delicados y finos; siempre pensé que se adivinaba en ellos lo selecto de tu origen. Los dedos de tus manos eran delgados, y las uñas alargadas. Parece que los estoy viendo, cuando los situabas sobre las teclas del piano. En cuanto a tus pies, parecían de niño: suaves y sin durezas, qué diferencia con mis manos y mis pies: las manos anchas, con dedos cortos y uñas comidas; mis pies anchos también, con callosidades, y el dedo gordo verdaderamente gordo y grande, como un general al frente de su ejército. Todo en ti era comedido como tu voz. Tus gustos eran selectos. Creo verte todavía con las manos sobre el teclado, cerrando los ojos y aspirando hondamente. Tu verdadera expresión era la seriedad: eras más varonil estando serio que cuando sonreías. Tu pelo era castaño, abundante y fuerte, y liso.

AÑORANZA

Siempre la añoranza del desván, el recuerdo del desván aquel o de cualquier otro, abierto a los cuatro vientos pero siempre oscurecido, si de día con los cuarterones cerrados y dando paso en sus rendijas a los finos hilos de luz, si en la anochecida dejando colarse los últimos resplandores, el lucir de las primeras bombillas en la calle, de los focos pendientes que el aire hacía bascular. Si de noche, bajo el brillo de las estrellas, bañado en luna entre el maullar amoroso de las gatas en celo. Abajo el jardín cobijando ronroneos, y en las galerías de enfrente las luces encendidas. Voces de niños, humos de cenas, sobre los árboles del jardín.

HOSPITAL

Salían caminando por el puente colgante, sintiéndolo vibrar bajo los pies al paso de los automóviles, temían ser precipitadas entonces en el agua del río, del color del chocolate. Andaban un trecho por la carretera, llegaban hasta las verjas que siempre la habían impresionado. Miraba dentro los muros medio derruidos, los tejados hundidos, porque era aquel un lugar de tragedia donde encerraban a los hombres, donde los hombres no eran hombres sino bestias. Imaginaba dentro alaridos y escenas dantescas, seres maniatados y gesticulantes, grandes enfermeros de mirada fría y músculos poderosos, y siempre que pasaba se detenía allí, junto al rótulo despintado que rezaba: Instituto psiquiátrico provincial.

AZOTEA

Habían tendido un alambre rígido de un lado al otro de la azotea, y habían retorcido los extremos con alicates para sujetarlos a la alcayata. No se ponía feo, ni manchaba la ropa. Allí colgaban las camisas de la abuela, la faja con cintas color carne, el aire mecía las prendas y abajo en el patio, bajo el toldo azul, se oían conversaciones en la cocina, y subía el olor del conejo con tomate. Enfrente, la plaza de toros parecía una enorme moneda. Más allá estaba el Tajo, como un corte de gigantes, y abajo las casas pequeñas como cajas de cerillas. Y el río como un hilo de plata, y los pequeños saltos de agua blancos de espuma. No sabía si era o no feliz, pero ahora recuerda el tiempo con añoranza.

ORUGAS

Sólo me molestaba el asunto de las orugas. De pronto empezaron a nacer orugas en los árboles. Alguien dijo que era falta de agua, y otros que era sobra, que no se habían desinsectado los árboles a tiempo. Acudían a millares, formaban procesiones interminables y peludas. No había forma de librarse de ellas. Se metían en las camas, en los cacharros y en la comida. Nos acostumbramos a aplastarlas, y había chafarrinones de oruga por todos lados. Nos caían encima, de los árboles. Notábamos un pequeño ruido en la lona, y había caído un racimo de orugas. A veces las sentías subir por las piernas, dabas un respingo y un grito. Un día, las orugas desaparecieron sin dejar rastro, se fueron como habían venido.

EL TONTO

Todos sus hijos habían sido hembras, hasta que llegó el niño. Cuando nació todo fueron conversaciones en voz baja, y pasos sigilosos. Nadie sabía lo que había podido suceder. Había nacido sin cráneo, y la masa encefálica palpitaba a flor de piel. Se reunió a la familia. Deliberaron si dejar al niño sin comer, para que el pequeño monstruo quedara en la cuna, encogido, muerto de inanición. Pero el niño resistió un día y otro día, parecía querer aguantar durante meses allí. Se convirtió en un testimonio tenebroso, en el acusador de la familia. Por fin, alguien puso junto a sus labios partidos la goma de un biberón, y la criatura se agarró a él como si hubiera estado mamando desde el momento en que fue concebido.

VÉRTIGO

La grieta enorme separaba las dos zonas del pueblo, el mercadillo y la ciudad. Sus flancos eran pardos, salpicados de algunas masas de verdor. De trecho en trecho había pequeñas plataformas inaccesibles. La vista resbalaba con vértigo hacia abajo, donde yacían rocas desprendidas entre profundos valles de hierba. Enmedio, el hilo plateado que quedaba de la enorme corriente que había tallado todo aquello. Abajo, los hombres eran como hormigas. Había tejadillo rojos, y surgían diminutas cascadas de espuma en el molino. Los sonidos eran tan lejanos que parecían de otro mundo, sólo el graznido de los pájaros quebraba el silencio, como un búcaro que se hace pedazos.

CUCHITRIL

La casa del portero no tenía baldosines en el suelo sino aquellas piedras y la tierra endurecida y había un olor que trascendía allí dentro, un olor a humedad y a orines de niño pequeño. A respiraciones condensadas y a humo de cocina, porque sólo había una habitación exterior que daba a la calle y usaba el matrimonio, y lo demás eran alcobas oscuras siempre con una luz encendida, si querían ver algo, y los abuelos acurrucados en un rincón, y los chiquillos chapaleando el fango y persiguiendo a las gallinas, la portera con las cara tiznada de humo y los pelos encrespados, con aquellos ojos vivos y la nariz ganchuda y unos dientes en punta como los de un caníbal.

LUTO

A los niños los ponían de negro, hasta los zapatos y los calcetines eran negros. También eran negros los lazos que las niñas llevaban en el pelo. Las mujeres llevaban velos espesos tapándoles la cara. Las viejas se envolvían en unos mantos negros de gasa que les llegaban hasta los pies. Los hombres llevaban la camisa negra. Los lutos duraban varios años y se empalmaban unos con otros, porque siempre había alguien para morirse y alargar el luto. Así que los niños recordaban a sus madres de negro, y nunca se sabía si el luto aquel era del muerto reciente, o del anterior.

DUREZA

¿Te acuerdas de aquello? Casi estoy por asegurar que no. Subimos a un tranvía; íbamos para el colegio, y no sé por qué motivo ocupábamos cada uno un lugar distinto. Entonces apareció aquel hombre. Era un hombre burdo, y a mí se me puso muy cerca, tanto que me rozaba (el tranvía no estaba lleno, no era normal aquello). Yo sentía el cuerpo del hombre contra el mío, y su dureza que me apretaba. Yo llevaba un abrigo claro, sin botones, con un cinturón. No me atrevía a moverme, ni a decir nada. Cuando bajamos del tranvía te conté lo que me había pasado, y entonces me dijiste que te había sucedido lo mismo.

OBSESIÓN

Hace frío hoy. El cielo está gris, y creo que va nevar. No sé si te habrá llegado mi último libro; quisiera pensar que lo estás leyendo ahora, y que te está emocionando. Ya ves, es la manía del novelista y creo que de cualquier escritor: jugar con la sensibilidad del lector. He llegado a pensar que, si en estos días vienes tanto mi memoria, si tengo esta necesidad de comunicarme contigo, es por una suerte de telepatía, es porque quizá me envíes mensajes en un código desconocido, que capto y me transmite tus vibraciones eléctricas, o psíquicas, o véte a saber de qué naturaleza. Es cierto, si siempre te recuerdo, en ocasiones muy de tarde en tarde, en estos días tu recuerdo se ha convertido en obsesión.

ZANCAJILLOS

No había vuelto a pensar en ella: tenía la nariz larga y en la punta le nacieron postillas. Tenía un pelillo blanco y ondulado, cortado por igual como un paje. Era pequeña y menuda. Vestía ropas negras, y unas zapatillas de fieltro en forma abotinada. Caminaba encorvada. Sus piernas eran flacas, como palillos, y llevaba medias de canutillo negras. Me contaba aquellos cuentos de "érase que se era", y terminaba con que "y colorín colorete, por la chimenea sale un cuete". Luego se volvía con sus monjitas, se llevaba la propina y la merienda, caminaba a pequeños pasos, arrastraba los zancajillos cubiertos con botas negras de fieltro.

LITERA

Miraba hacia arriba y veía el colchón relleno de pajas, y eran pajas porque cada vez que se movía el de encima caían, y se metían por la nariz. La habitación era muy grande, llena de literas, cuarenta literas, cada una con dos de nosotros, arriba uno y otro debajo. Las ventanas estaban cerradas, detrás se veía un cielo gris de tormenta. Yo me ahogaba, abría la boca como un pez y me tragaba las pajillas, y las respiraciones de los otros. Pedí que abrieran una ventana, quise sentarme pero no podía, porque la cabeza me daba con el somier más alto. Se oían muchas respiraciones y algunos quejidos, y oía sobre todo mis bronquios jadeando como fuelles. Fuera, de tiempo en tiempo, el cielo se esclarecía con el fulgor de los relámpagos.

FAMILIAS

Una característica de su origen fue la tan diversa condición de sus antepasados. Ha contado ya lo referente a su familia paterna, y tiene que subrayar que toda procedía de la región castellana más pura y vieja. Por el contrario la de su madre era "serrana", en el más estricto sentido. Sus antepasados no se movieron quizá de aquellas breñas, desde tiempos inmemoriales, pasando por la ocupación de los árabes. Nadie salió nunca del pueblecito oculto entre montañas. En cuanto a los más alejados, como es habitual, no tiene ninguna noción acerca de su identidad. Tan sólo había oído hablar de un tal "Papá Cunda", bis o tatarabuelo, que era un acérrimo carlista. Se quedaba dormido en el caballo en plena sierra, y el caballo lo devolvía a casa.

PÉSAME

Estábamos en el zaguán, sin atrevernos a dar vuelta a la mariposa del timbre, porque si tratábamos de hacerlo nos poníamos a reír como locas. Y no era cosa de risa. Nos esforzábamos por estar serias, ponernos tristes, alargábamos la mano a la mariposa de timbre y nos volvía a ahogar la risa. Alguien salió, y tuvimos que entrar, ahogando la risa, y dijimos a la madre de nuestra amiga, y a su hermana gemela, que sentíamos tanto que se hubiera roto la cabeza nuestra amiga, que se la hubiera abierto en dos con las rocas del fondo. No había calculado bien, aquello estaba lleno de rocas. Su hermana gemela estuvo esperando a que saliera, pero ella no salió. La encontraron clavada en una roca, con la cabeza partida en dos.

CROMOS

En las láminas de cromos una bailarina estaba pegada con una tirilla al payaso, y con otra a la damisela de gran peluca, y con otra al cestillo de rosas, y con otra el enano. Había que usar las tijeras para que cada personaje recobrara su individualidad, todos con colores luminosos, y un ligero relieve. Cuando estaban separados, el juglar con su pluma en el sombrero, los dos gemelos rollizos y la muñeca de tirabuzones rubios, el enano y el cestillo de rosas, se ponían boca abajo en un montón y se cubrían con la palma cóncava de la mano. Entonces los golpeaban. Algunos cromos se volvían y otros se quedaban boca abajo. Los que se habían vuelto mostraban su superficie brillante, junto a la trasera blanca y mate de los otros, y cada jugadora tomaba los cromos que había logrado volver.

CINE

Tenían un proyector de cine de hojalata pintada de un verde brillante, y con una manivela de alambre grueso, y dentro una bombilla. Las películas eran de papel vegetal, estaban enrolladas en un canutillo de cartón. Al girar la manivela, las pequeñas figuras parecían moverse en la pantalla, con sólo dos posiciones distintas. Los personajes parecían andar, pero no se movían del mismo sitio. Movían la cabeza a uno y otro lado, afirmaban o negaban todo el tiempo. A veces el papel vegetal se partía, y la raja se veía proyectada. La habitación se quedaba a oscuras, con el pequeño recuadro luminoso en la pared, y había que tapar la luz que se colaba por las rendijas con un paño de cocina. De cuando en cuando apagaban la bombilla para que no se calentara demasiado. Cuando fueron más mayores, recordaban el cine con nostalgia.

EL CESTO DE MIMBRE

El niño tenía cara de ratoncillo, era gracioso y sonriente, y lo visitábamos todo los días al salir del colegio. Estaba en su cesto de mimbre, agitando las manitas húmedas de babas. Pero un día no estaba en el cesto de mimbre, la madre de mi amiga lloraba y supimos que el niño se había muerto. Nunca supimos de qué, porque parecía tan sano.

Recordábamos la canción y era una cosa parecida, y cada vez que veíamos el sitio de la cuna, sin cuna, se nos venía el soniquete a la cabeza. Por más que no queríamos, empezábamos a cantarla. Luego, en la función, nos pusieron a todas en el escenario con guantes blancos y los uniformes nuevos, y tuvimos que cantar la canción. Yo me acordaba de la cuna que no estaba, y me daba mucha pena de la madre de mi amiga. Y parecía que lo estaba viendo, metido en una cajita blanca, tirada por dos caballos blancos, atravesando el paseo donde los otros niños jugaban al corro.

GALLETAS

Su tía guardaba una caja de galletas, todas ordenadas en capas, todas cuadraditas y alargadas, con sus tres capas de barquillo cobijando dos de crema de coco. Él cogía una galleta y separaba los barquillos con cuidado, para que el coco se quedara pegado al barquillo del centro. Se comía primero los barquillos pelados y dejaba para el final el tercero, suculento, donde el barquillo ocupaba el centro de una dulce trilogía que se deshacía en la boca. Lo hacía primero con una galleta, y luego con otra y con otra. Para evitar que se notara la falta a simple vista alzaba las capas de papel encerado con la marca de las galletas, y en lugar de coger de la capa de arriba las iba entresacando de las inferiores. Hasta que su tía se dio cuenta del saqueo y puso el grito en el cielo. Todas las miradas convergían en él, pero él negaba y negaba.

NIÑO POBRE

Un niño pobre era un niño extraño, siempre un poco triste, con unos grandes ojos siempre abiertos mirando algo lejano, con añoranza. Los niños pobres tenían las piernas retorcidas, en lugar de cinturones llevaban una cuerda para que no se cayeran los pantalones. No llevaban zapatos, sino alpargatas, y andaban con cuidado de que no se salieran a cada paso. Tenían velas de mocos, cuando sorbían subía la vela, y bajaba luego. A veces les llegaba la boca, y desde allí sorbían. Llevaban una honda en la mano y la manoseaban, también una piedra y la ponían con cuidado en la honda, pero no la lanzaban nunca. Lo más que hacían era tirarla con rabia contra el suelo, y salir trotando con las alpargatas demasiado grandes para sus pies.

MUSEO

El edificio tenía unas altas verjas que lo separaban de la plaza. Enfrente estaba una de las iglesias más hermosas de Castilla, de estilo gótico, pero con bellísima fachada plateresca. Y detrás el museo de escultura, con las obras más importantes de los imagineros castellanos: Juan de Juni, Gregorio Fernández, Berruguete. Y el magnífico patio renacentista, orgullo de la arquitectura castellana, tan recargado y singular que se distinguía fácilmente de cualquier otro. Había allí figuras de Juan de Mena, entre ellas una pequeña Magdalena con un crucifijo en la mano. El vestido de esterilla estaba tan admirablemente tallado que no parecía sino que hubiera sido de estera de verdad.

ADELFAS

Podían ser blancas o de color rosa, casi todas eran de color rosa y bordeaban los arroyos, se veían los arroyos entre cardizales con aquellas flores tan bonitas, de un rosa fuerte, entre el verde brillante de las hojas. Y el trenecito sucio y lento bordeaba los cerros, se metía en el túnel o salía de él, la carbonilla se metía en los ojos y cerrabas las ventanillas del coche, pero ya era tarde y estaba todo llena de manchas negras. De nuevo el campo, el mar color de aguamarina al fondo, y abajo los cardizales, y los arroyos bordeados de adelfas rosadas, y todo dentro lleno de carbonilla. Había que sacudirse con cuidado, todas aquellas motas negras, hecho una porquería el vestido blanco de seda.

IRRIGACIÓN

De un clavo en el cuarto de baño han colgado una bolsa de goma, de ahí sale un tubo de goma y al extremo una cosa rara que mamá llama cánula. Me ponen de rodillas en el suelo, me meten la cánula en el culo y empiezo a sudar. Abren una llave y el agua se me cuela en las tripas, quiero contener el agua pero se sigue colando, y parece que voy a reventar. Las tripas se quejan, y yo las oigo. Tengo ganas de obrar, hubiera soltado el trapo ahí mismo pero mamá me regaña. Luego las tripas

no dan más de sí y sale despedida la cánula, y detrás de la cánula bolas duras como cuentas de rosario. Luego un chorro de agua arrastrando las bolas, pero el agua no era como antes. Yo aguanto la inundación que se mete por los calcetines, dentro de los zapatos. Y los aspavientos de mi madre, que todavía tiene la cánula en la mano.

CASA NUEVA

El piso era alto y exterior y veían toda la calle, a un lado y a otro, y hasta los palos de los barcos en el puerto. Al principio no había barandillas en las escaleras, y eran los únicos vecinos. Los pisos estaban sin terminar. Se adentraban por pasillos y habitaciones desconocidas, y llegaba un punto en que se habían perdido y no podían volver atrás. Porque todas las casas de la manzana se comunicaban, daban a distintos portales en calles distintas, y los cuartos vacíos y los pasillos no se acababa nunca en aquel laberinto. Había albañiles trabajando, pero ni los miraban siquiera. Muchos años después recordaban los laberintos, y hubieran querido volver a los largos pasillos y a las habitaciones vacías, y salir por un portal distinto, pero ya era imposible.

COSAS

Había muchas cosas sobre el piano, y una de las que había era una mano de porcelana azul, que maldito lo que hacía allí, hubiera estado mejor en el cuarto de baño sosteniendo los cepillos de dientes. La verdad es que era un conjunto de objetos un tanto heterogéneo. Pero lo más bonito era la copa, quizá de oro macizo, aunque no haya llegado a saberlo con seguridad. Tenía escudos de esmaltes multicolores, muy duros y suaves al tacto. La copa tenía también una cubierta que hubiera podido ser de oro, por el sonido tan suave que despedía al pulsar ciertas notas agudas del piano. La tapa llevaba un penacho sujeto con un tornillo, el tornillo estaba flojo, o era el remache lo que estaba flojo, y el copete giraba. El copete no tenía que ser de oro macizo, porque su tono era oscuro y apagado, por eso desentonaba con el resto de la copa que parecía el cáliz de una iglesia.

INSTANTE

Estaba en la butaca adormilado, y de cuando en cuando abría los ojos y veía aquel cielo azul apenas surcado de nubes, un cielo luminoso, a través de la ventana estrecha y vertical en un remedo del gótico. Arriba, en la azotea, las chimeneas vomitaban pequeñas ráfagas de humo que la brisa aventaba en un instante sobre el brillo de las losetas oscuras. Y al pie las casas con jardín, las villas con torrecillas coronadas de una nerviosa veleta, las ramas desmayadas de los eucaliptos amarilleando, estremecidas por el aire del mar. Las hojas desprendiéndose en ráfagas, voltiqueando, vacilando antes de caer. Depositándose blandamente sobre el lecho dorado con las otras hojas, levantándose luego en ligeros remolinos y volviendo a caer.

EMBARAZO

No la volvió a ver. Ella estaba embarazada de cinco meses, y dado su estado de salud ello constituía un peligro. Los médicos se lo habían advertido. Ella todo lo llevaba por delante, familia y marido y embarazo y enfermedad. Y de pronto se quedó muerta, con el gran vientre que la incomodaba, con la Hermana al lado ofreciéndole solícita un vaso de leche. Tómela, dijo, le hará bien. Y no fue más que incorporarse para coger el vaso cuando el corazón se detuvo. Vengan por favor, iba a tomar el vaso de leche pero está como muerta. Eran las dos de la mañana. Su marido se quedó solo, sus hijos se quedaron solos, el niño que tenía en el vientre no se quedó sólo porque se fue con ella. Y todos dejados de la mano de Dios.

HUEVERAS

La cocina de la abuela era muy grande, tenía hornillo de carbón y una larga campana para los humos, con una repisa larga y cacharros de cobre, y hueveras de bronce para comer los huevos pasados por agua. Aunque estaban de adorno, a veces se usaban para comer los huevos. En una alcayata en la pared colgaban el jarrillo de aluminio, cerca del grifo del fregadero. El jarrillo tenía un asa, de donde se colgaba, y el borde redondeado. En la cocina había un armario de madera con dos cuerpos, uno más alto y otro más bajo. Estaba pintado en verde claro, y tenía un penacho. El cuerpo alto tenía cristales, y allí se guardaban los platos y las tazas. Abajo había puertas de madera, y en los cajones la abuela

guardaba sus zarandajas y la calderilla, metida en un cestillo de hojas de maíz.

TRIPAS

En realidad, es bastante desagradable lo que le van a hacer. Tendrán que inyectarle el aire por el ano. A veces la longitud del recto no es suficiente, y el aire facilita la exploración. Se quitó lo que le estorbaba, en una pequeña habitación. Se puso a cuatro patas en la camilla, sintiendo en su espalda la mano de la enfermera. Como ella había dicho, le estaban insuflando aire por el ano. Había varios estudiantes observando, y sintió en las tripas algo parecido a una irrigación. Introdujeron un tubo y lo tuvieron unos minutos sin moverse. Luego le dijeron que podía bajarse. ¿Le han molestado mucho?, le dijo la enfermera, y él denegó. Ella se echó a reír. "Algún hombre ha salido corriendo de aquí, sin pantalones", dijo. El médico sonreía y afirmaba con la cabeza.

FUEGO

Se prendió fuego en el sitio donde quemaba las basuras. Ahora trataba de sofocarlo, golpeando las llamas con una caña verde, gritaba al mismo tiempo y alguien acudió, gritó desde arriba diciéndole que se fuera, que se iba a asfixiar o quemar. Pero ella seguía golpeando con desespero. Acudieron con cubos de las casas vecinas, iban pasándose unos a otros los cubos con agua y al mismo tiempo llegaban otros cubos que se había llenado en las casas. Pasaban de una en otra mano, primero llenos y luego vacíos, y volvían a pasar. Se oía el chasquido de las cañas y la humareda se metía en los ojos y en la nariz, asfixiando. Lenguas ardientes extendidas por el viento, ojos llorosos sin ver, y el incesante golpear con la caña verde, tratando de ahogar el incendio.

PAÑUELO

Se iniciaba un oscuro carraspeo que acababa atronando, tratando de aliviar la chimenea de la garganta y la nariz. Después de un forcejeo ruidoso la mano alcanzaba el pañuelo del bolsillo, lo situaba ante la boca

y expelía algo a través de la boca, algo que iba a parar al pañuelo. Luego el pañuelo ocupaba su sitio en el bolsillo y el susodicho seguía comiendo sus croquetas, paladeando el flan o los tocinillos. Pero él seguía pensando en aquello que había ingresado en el pañuelo, y que descansaba ahora en el bolsillo, algo que formaba una especie de liga entre los que pliegues de la tela. Luego se haría seco y crepitante. No podía apartar el pensamiento del pañuelo, y sentía las croquetas erizarse en el estómago, y tenía que hacer un esfuerzo para que la imagen se esfumara, y la digestión siguiera sin tropiezo.

LOCA

En el internado había chicas tranquilas, que siempre parecían estar a gusto y sonreían, pero casi todas manteníamos crisis secretas. Podía ser una pena de amor, o Dios sabe qué. Ella era regordeta, con la barbilla partida. Los uniformes le sentaba muy mal. Siempre rezaba el Rosario, en la fila y en todas partes. Meneaba los labios en un continuo bisbiseo, o en un susurro. Decían que estaba loca, pero a mí me resultaba simpática. De cuando en cuando soltaba el trapo reír, y tampoco sabíamos por qué. Ni las amenazas de castigo podían hacerla callar. No quería ir a su casa, prefería pasar las vacaciones en el colegio. Sus padres la llevaban a rastras, después de una escena de histeria. Las malas lenguas decían que no era hija de sus padres, sino que la habían adoptado. Ella nunca hablaba de eso, pero cuando lo supe la miré de otra forma, como se hace con un bicho raro.

NADIE HIZO NADA

Era un hombre pequeño con un abrigo raído. En el andén subterráneo empezaron a oírse unos lamentos, que fueron alaridos después. El hombre se apoyaba en una papelera, gimiendo. Hincaba la cabeza entre las manos y luego la echaba hacia atrás, gritando y llorando. Todos habían enmudecido y lo miraban, nadie se le acercó ni hizo nada. Iba a acercarse a preguntar, y se aproximaba cuando el hombre gritó de nuevo y soltó una terrible carcajada. Reía, y también gemía. Llegó el tren, y todos se apresuraron a cogerlo. El hombre lo cogió también, y siguió con sus risas y lamentos. Un pobre loco, dijeron los del vagón de alante, felicitándose de no compartirlo con él. A la estación siguiente el hombre se bajó del tren, y lo vieron caminar por el andén con pasos vacilantes.

SAUNA

De forma que vuelve a los vestuarios, se desprende de la malla negra y mira en el pequeño espejo redondo las facciones un poco demacradas, el cabello que quedó demasiado oscuro en el último tinte. Camina sobre baldosines, envuelta en la toalla y con un gorro de plástico protegiendo el pelo, hasta la sauna con aroma a eucaliptos. Sube a las tablas superiores, porque el deseo de calor se ha convertido en un vicio. Siente un ardor confortante la piel, y metiéndose poco a poco en los tejidos. Hay una luz roja y tenue, se oyen los chasquidos de la resistencia y el siseo del agua al caer. Roto el encanto, hay que entrar en la ducha, no ceder a la tentación de mezclar el agua fría con algo de caliente. Por algo los nórdicos se revuelcan desnudos en la nieve. No hay que encogerse sino respirar hondo, y ensanchar los pulmones.

ENCARNA

Estaba en casa con una sobrina que tenía, que era la niñera. Había que separarlas todo el tiempo, porque se insultaban y llegaban a las manos. Encarna era viuda, con una hija de diecisiete años. Ahora había conocido un muchacho de poco más de veinte, dependiente en una tienda de comestibles, y se lo había echado de novio. Luego supimos que se metía en casa por la noche, que se acostaba con Encarna, tabique con tabique con mis padres. Lo supimos porque una mañana ella amaneció bañada en sangre. Mi padre la mandó al hospital y dijo que no quería saber nada de aquello. Sólo faltaba, un médico como él. La madre de Encarna era vieja y nadie le dijo lo que había pasado, así que puso verde a mi padre por haberla mandado al hospital. Lo llamaba canalla y otras cosas. Luego, Encarna se casó con su novio y tuvieron más hijos. Pusieron los dos una tienda de comestibles.

JESUSA

Subía de dos en dos los escalones de ladrillos, a pique de caerme rodando, llegaba a la galería de la cocina y resulta que Jesusa había

cerrado por dentro, y yo golpeaba el cristal. Seguramente más de una vez, porque Jesusa no estaría en la cocina, sino en el comedor, o quizá un poco más lejos, o rezando el rosario junto a la caldera, o zarceando en el desván, maldita sea. Estaría colocando en un cajón del armario la ropa recién planchada del abuelo, y por eso yo veía a través del cristal la manta de planchar todavía encima de la mesa. Encima la sabanilla blanca, con las huellas asturadas de la plancha. Junto a la mesa el cesto de mimbre, todavía con ropas que había que planchar.

RAYO

El pararrayos estaba adosado a la casa, del lado del cauce. Cuando el cielo amagaba tormenta y se cubría de nubarrones, cuando bramaba el trueno cada vez más cerca, y los resplandores lo inundaban todo con una luz blanca, los niños nos quedábamos muy quietos, sentados en la silla del comedor, porque sabíamos que antes o después la tormenta estallaría encima, y entre el zurriar de los granizos y el batir de la lluvia llegaría el estruendo. El cable del pararrayos se agitaría, golpeando el muro de la casa con su ensordecedor tableteo. Estábamos quietos aguardando, sabiendo que de un momento a otro se estremecerían los cimientos. Nos agarrábamos al borde de la mesa y no pestañeábamos, y cuando ya el rayo había caído y se lo había tragado el cauce, respirábamos tranquilos.

PIRULÍS

La señora Paula era importante en el pueblo. Vendía pirulís, unos caramelos picudos envueltos en papel de seda. También vendía un vino claro, con burbujas como la gaseosa. La estación estaba apartada, pero no lejos. Íbamos al pueblo en bicicleta. Las de las chicas tenían mallas de seda en colorines, en la rueda de atrás, para que no se engancharan las faldas. Formábamos grupos en la carretera, por donde apenas pasaban coches. Llegábamos allí por un camino donde los carros habían dejado huellas profundas. Cogíamos los garbanzos verdes de las matas, las manos se quedaban ácidas por las cascarillas. Las amapolas se deshojaban, por mucho cuidado que tuvieras. Quedaba el botón verde como una vasija, con una coronita oscura. Estaba lleno de granos negros.

PECES

Se ponía la de gafas de buzo y se metía entre las rocas. Allí las actinias balanceaban sus finas tentáculos de un color verde claro, que se hacía rosado en las puntas. Se agitaban al unísono, como en una danza. Los rojos tomates de mar, agarrados a la piedra, parecían heridas abiertas. En las hendeduras se protegían los erizos oscuros, de un tono morado. Las púas se estremecían de cuando en cuando. Unos formaban colonias apretadas, y otros se esparcían, como bolas sobre la pizarra sumergida. Un pez fosforescente cruzaba, aleteaba un momento y cambiaba de dirección. Aparecía una bandada de peces diminutos, como escamas de plata, y se hundía en una grieta profunda. El sol formaba una lámina como de aluminio en la superficie. Parecía estar dentro de una caja de plata, donde no llegaba más que el batir de las olas, o el resbalar de la arena. Era un mundo diferente y deslumbrador.

CELOS

No sé qué te pasaba a ti, parece que me mirabas con desconfianza como si yo fuera robarte el marido, pobre de mí, si yo ni siquiera había pensado nunca en eso, cómo se te ocurre. Pero estabas nerviosa y me mandaste decir con tu hermana o con no sé quién, o a lo mejor salió de ella, que me guardara de tu marido, que fuera discreta con tu marido, que los hombres... Y él sólo quería arrancarme espinillas, le encantaba arrancar espinillas y en cuanto te descuidabas él te agarraba la cabeza. Y yo marrano, cómo te gustará esa cochinada. Vete a la mierda, le decía. Pero cuanto más lo evitaba, más gusto le sacaba las espinillas. Pero eso no es nada malo, digo yo. También a ti te gustaba sacar espinillas, era una manía que teníais los dos, y yo huyendo por los pasillos de la casa.

JUGUETES

En la tienda de Temboury había grandes juguetes, brillantes y multicolores, triciclos de maderas pintadas y coches con pedales, y unos osos enormes con un lazo al cuello, y muñecas con grandes ojos de cristal, y cestillos de labor llenos de madejas de colores. Con punzones y agujas de crochet, y dedales de hueso, y agujas de todos los tamaños, y

alfileteros con florecillas menudas. Y había cartones con ropa para las muñecas, catiuscas de goma y sandalias de tirilla. Trajes de enfermeras con sus cofias y una cruz roja en el pecho, y trajes de torero en colores brillantes, y el traje del Coyote con sombrero negro y antifaz. Y uno de indio con plumas y un arco con fechas, y un blanco con círculos rojos y amarillos para tirar en él.

CARAMELO DE AZÚCAR

Volcamos el azúcar en el cazo pequeño y la arrimamos a la lumbre. El azúcar se pone marrón y hierve por los bordes, hay que remover deprisa con la cuchara para que no se queme. Primero parece miel, pero si sigues calentando se pone negra y hay que tirarla. Untamos aceite en el mármol y volcamos el azúcar, con cuidado de no quemarnos los dedos. Se forma una torta de azúcar y luego con el cuchillo formamos cuadritos, antes de que se ponga dura del todo. Se despega muy bien, y al principio el caramelo se retuerce todavía y es porque no está frío del todo, porque luego se pone muy duro. Primero sabe a aceite, y hay que limpiarlo con un paño. Luego se parte en pastillas cuadradas, la cuchara se queda llena de azúcar con grumos blancos, y está muy dulce y muy buena aunque puedes romperte los dientes. Pero si chupas se va deshaciendo poco a poco hasta que se despega de la cuchara.

MÚSICA

Tenías la nariz larga y verrugosa, te faltaban algunos dientes y otros estaban a punto de salirse de la encía, disparados hacia adelante. Hacías girar la banqueta del piano, siempre hacia arriba, porque necesitabas más altura. Ponías sobre las teclas las manos sarmentosas, escudriñabas las notas del papel, pasabas las hojas o volvías atrás. Yo te sujetaba la partitura y empezabas a tocar. Con un dedo torcido marcabas en el teclado la melodía. Al principio yo cantaba entre dientes, con miedo a equivocarme, pero a la segunda vez o a la tercera podía acompañar con la letra. Estábamos solas en el jardín de infancia con el tablero que ocupaba la pared, con las tizas de colores y la jaula del loro, que nos miraba hipnotizado. Había mesas pequeñas pintadas de rosa y azul pálido, y en la pared muñecos vestidos de holandeses, con tocas almidonadas y molinos de viento. Los niños con pantalones bombachos. El piano era

viejo, de color caoba, con candelabros dorados que giraban a un lado y a otro, y enmedio el letrero con la marca. Las otras seguían en el recreo.

FAMILIA NUMEROSA

Habíais sido tantos hermanos, algo así como veinticuatro y todos del mismo padre y de la misma madre. Un padre gordito y militar que armaba el nacimiento en las Navidades. Muchos de tus hermanos habían muerto, y me contabas como la cosa más natural que habían muerto del riñón, o tuberculosos. Y así, en lugar de veinticuatro, erais doce o catorce ahora. Tenías los pelos lacios y oscuros y la cara como de ratón, parecías desnutrida y llevabas el uniforme estrecho y recosido. Te había salido en una mano un bulto duro y repugnante que chupabas continuamente, y que llamabas un clavo. Tuve que dar la cara por ti, alguien te insultaba, una de aquellas alumnas de casta superior que se reía de todo. Luego trasladaron a tu padre, te fuiste del colegio y no te volví a ver.

CARACOL

Había vestigios de baba brillante, hilillos de baba surcaban la tierra húmeda de los paseos, titilaban entre las hojas del evónivo. Había llovido mucho, grandes caracoles como bolas pardas se acurrucaban en las axilas de las hojas, bajo las nervaduras. Había tantos caracoles, era increíble cómo aquellos bichos podían haber surgido y crecido en tan poco tiempo. Trataba de arrancarlos de la planta y se me resistían un poco, luego los sostenía en la mano, tomándolos de la concha, y se agitaban como si hubieran padecido de vértigo. Con la punta del dedo tocaba el extremo de aquella antena larga y blanda que terminaba en una bolita carnosa. Automáticamente, el pedúnculo se contraía. Iba tocando uno a uno los apéndices, hasta que todos se habían contraído y la cabeza estaba lisa. El cuerpo se había encogido también, y pegado a la panzuda concha gris.

DEVOCIÓN

Nunca tuvo una gran devoción por la Virgen. Sí la rezó con respeto, como por seguir una tradición, y tratando de convencerse a sí mismo. Pero

algo en ello se le resistía. Años después llegó a la conclusión de que una devoción semejante, llevada a extremos de idolatría, era una aberración como otras. Le espantaba pensar que ese culto había apartado a la Iglesia de otras Iglesias. Explicable en los sacerdotes que no tiene mujer, y precisan una imagen femenina para cubrir su carencia. Y al necesitarla, hubieran tratado de inculcar en los fieles el mismo sentimiento.

No obstante respetaba su persona y su atributo de maternidad. Pero no hasta el extremo del culto, siendo así que quizá ella misma no lo hubiera aprobado. La consideraba un medio valioso para los planes del Señor, pero nada más. Él mismo lo dio a entender así en el Evangelio, pensaba.

MONAGO

Pasaba el monago como una mancha colorada de acá para allá, arreglando las flores en el altar y estirando los manteles, encendiendo las velas y colocando los incensarios, cogía el matacandelas que tenía una pequeña mecha en el extremo, prendía la mecha con una cerilla y con ella alcanzaba las velas más altas, que empezaban a lucir. Iban naciendo puntos brillantes en filas y luego en escaleras, después apagaba la mecha y dejaba la vara en su sitio, detrás del altar. Al final de la ceremonia flotaba en el aire el humo del incienso. Sacaba el matacandelas otra vez, y ahora en lugar de encender las llamitas las iba apagando una a una, atinando con la caperuza, aunque alguna se le resistía. Las velas humeaban un momento, él dejaba de nuevo la vara y, camino de la sacristía, iba quitándose la sobrepelliz colorada.

ATENTADO

El lunes por la tarde, el lugar seguía acordonado. La policía dejaba pasar a los que vivían en las inmediaciones. Se deslizó entre ellos, aquello estaba a oscuras y solitario. Habían cubierto el escaparate con tablas, y había vigilancia a la puerta. Dentro no podía verse nada. La zona era un caos; militantes de la ultraderecha habían sembrado la calle de cascotes, habían apilado los bancos y los habían quemado. Un banco ardía en el centro de la calzada, y las llamas se alzaban. Había vehículos en medio de la calle, cerrando el tráfico. Habían roto los cristales de un establecimiento bancario y la alarma sonaba, con un timbrazo continuo y muy potente. La

gente andaba deprisa por las aceras, los guardias en las esquinas no parecían dispuestos a intervenir. Los bomberos estuvieron apagando los fuegos. Los revoltosos no estaban bien vestidos, y no tenían el aspecto de los muchachos de la zona.

CHARLATÁN

Se quedaba plantada tiempo y tiempo, con la cartera de la mano, mirando al hombre picado de viruelas que gritaba con voz cascada. Vendía pastillas de eucalipto, cuchillas de afeitar y lapiceros, y también plumas estilográficas. Las pastillas eran doradas y sabían a eucaliptos y a miel, y mientras la mujer aguardaba, con el pelo negro y grasiento. En sus ojos también negros había un cansancio infinito. Cuando él se hartaba de vender pastillas le cubría los ojos a ella con un pañuelo negro y deslucido. Lo ataba en la nuca, sujetando los cabellos grasientos. Le hacía preguntas sobre la concurrencia, sobre el color de las corbatas o la edad de las personas, y ella se estaba quieta y resignada, la voz cascada de él gritaba colérica, y le arrancaba el pañuelo con un violento tirón. Siempre en el mismo sitio, frente a los puestos de ajos y a los vendedores de cangrejos, que se afanaban de continuo en devolver a sus cestas a los bichos inquietos, que trepaban continuamente, tratando de escapar.

ZARCILLOS

No podía ponerme zarcillos, porque mi padre no dejó que me hicieran boquetes en las orejas. Por eso, cuando otras niñas vestidas de gitana llevaban largos pendientes con aros de pasta, que tintineaban al volver la cabeza, lo que yo usaba eran unas bolas con clip. Pero llevaba peinecillos verdes y rojos, y también gruesas horquillas de colores, y claveles tiesos encima de la cabeza, sujetos con una peineta derecha. Lucía un vestido largo de lunares, de percal almidonado, y un mantoncillo de seda roja con flecos de seda. Llevaba también pulseras de distintos colores, y unas castañuelas con borlas rojas y amarillas. La abuela me había pintado los labios y lunares en las mejillas, y me había formado con el pelo caracoles en la frente, pegados con fijador.

ESPEJO

Ha cerrado la puerta con llave, toma aquella tela brillante que había escondido muy bien, un tejido de punto de oro, y lo mira extasiada. Se quita el grueso jersey y la falda, y superpone la tela en su cuerpo. El tejido se ciñe al talle y a las caderas como una caricia. Piensa que su cuerpo está bien, no parecen haber pasado los años. Suavemente dejar resbalar la mano abierta por la cadera. Es bonito así, sin cinturones ni costuras, la tela suelta desde los hombros, sujeta a los hombros y nada más. Desplomándose sobre la redondez de los pechos, marcando apenas el vientre, abrazando las piernas y cubriendo, hasta el suelo, los pies. No se cansa de mirarse, aunque la cara esté un poco ajada ahora. Hay bolsas en los ojos, el pelo está descuidado y ralo pero el cuerpo está ahí, todavía esbelto y capaz de despertar admiración. Una sesión de peluquería y un poco de maquillaje la convertirán en una mujer distinta.

REFLEXIÓN

Quiere arañar la costra del recuerdo, desenterrar viejas historias y sentimientos viejos, y esto, ¿para qué? Escrutar al milímetro circunstancias y objetos. ¿Es que así aportará algo a los otros, que ni lo merecen ni lo aprecian? Aunque es posible que en un lugar ignoto e imprevisible surja una mente clara, que sacie sus ansias con la belleza que él ha libado. Quizá todas las composiciones de la naturaleza, ay, no puedan nunca lograr un resultado así. Aunque siempre le quede la esperanza o la locura irremplazable del artista, esa fuerza que lo arrastra ciegamente a hacer algo que en el fondo sabe no servirá para nada. Aunque quizá el producir su obra sea, ay, otra vez, un simple truco para librarse de sus obsesiones. Cree (o piensa creer) en un acto de hermandad universal, y aquello no es más que el desahogo de tensiones anímicas. Semejante al acto del que levanta la tapa del retrete y deja caer dentro el chorro rotundo y ardiente de su orina.

FOTÓGRAFO

Entraban en casa del fotógrafo que era amigo de su padre, y tenía vitrinas con las fotos de los actores y actrices de moda. Había una mujer muy guapa en posturas difíciles, y con unas luces misteriosas. Eran en

blanco y negro porque no había fotos de color entonces, pero el fotógrafo las retocaba y daba un poco de rubio a los cabellos y añadía bellos tonos en los vestidos, y un poco de carmín en la cara. Le parecía estar viendo a la hija del fotógrafo que era una chica delgadita y rubia y también hija sola, con el pincel tan fino dando colorete en las mejillas. Así debió ser como la hija del fotógrafo se aficionó a la pintura y se fue a hacer los estudios a la escuela de bellas artes de San Fernando. En casa del fotógrafo había una guillotina con el corte rizado, y los recortes que quedaban eran tirillas blancas y rizadas.

BAÚLES

Volvía al entresuelo, sus pocos peldaños desde el jardín, cuidando de que no se partieran debajo porque la madera estaba podrida, uno de ellos se había tronchado ya, y se apoyaba en la barandilla que casi no lo era, también de maderas viejas unidas con clavos herrumbrosos, y estaba la puerta, junto al lilo de flores azuladas. Empujaba con fuerza y la puerta cedía, y dentro empezaba revolver lo divino y lo humano. Entraba en el cuarto donde había baúles con ropas, revistas españolas y francesas, algunas encuadernadas y todas apiladas durante años. Se sentaba en el baúl y tomaba uno de aquéllos tomos enormes, lo apoyaba en la rodilla y a la luz difusa de la calle empezaba a hojearlo. Había tela metálica en la ventana y los cristales estaban sucios. El suelo era de viejas baldosas rojo oscuro, y algunas basculaban. Los muros eran tan gruesos como hubieran podido serlo los de un viejo castillo.

SALÓN AZUL

La tarima encerada crujía. Las paredes eran azules, y el tapizado de damasco de las sillas era también azul. Las cortinas eran del mismo color. Había una mesa camilla en el centro, con faldillas de seda azul pálido, y un tapete haciendo juego con las cortinas. También el tresillo tenía pañitos de seda azul pálido, rematados con vainicas cortadas. Estaban prendidos con alfileres, de modo que era fácil pincharse con ellos. Sobre la mesa había candelabros de plata, y al lado un brasero de bronce que nunca se encendía, con una badila inútil que jamás se usaba. Había cuadros con paisajes en las paredes, regalos de artistas conocidos, y fotos de familia. La foto de la hija menor, con su traje de novia que se había quedado

anticuado, una nieta vestida de gitana con caracoles en el pelo. También había un espejo veneciano con clavos de cristal. El piano era claro, y cuando pisaba un pedal el sonido quedaba disminuido. Sin embargo, al pisar el otro, la nota vibraba mucho tiempo.

HISTORIA

Había escrito ya muchas cosas de su vida. En sus libros, en sus novelas, todos los personajes tenían un poco de él y de sus circunstancias. Pensaba que su tierra había sido arada en su totalidad, todos lo recuerdos extraídos, y esparcidos al viento. Otras veces, en lo recóndito de su memoria, alcanzaba a distinguir todavía unas pequeñas luces inexplotadas. Pertenecía a una extensa familia. Había conocido a algunos de ellos, de otros había oído hablar en su niñez. Lo que pensaba hacer hoy podía parecer a muchos imprudencia, pero, ¿tendría derecho a guardar silencio, a no contribuir al entramado de hilos que conforma la historia de la humanidad? Por otra parte, para hacer historia de nosotros mismos y de lo que nos antecede, hemos de hacerla en forma sincera y leal. Pensar que lo que escribimos permanecerá oculto, que nadie podrá llegar a ello nunca. Sólo de esta forma venceremos el miedo a expresarnos con una sinceridad total.

CATECISMO

Fue de las pocas veces que su madre se sentó a su lado para repetir la elección. Estaba en la cama y la madre a su lado, y tenía un librillo pequeño que era el Ripalda graduado. Llevaba oraciones al principio, luego preguntas y respuestas, y había que aprenderlo seguido. Su madre se sentó a su lado y le repitió una y otra vez que había venido el arcángel San Gabriel, a anunciar a nuestra Señora la Virgen María que el verbo divino tomaría carne de sus entrañas sin detrimento de su virginal pureza. Y luego el Espíritu Santo formó de la sangre Purísima de la Virgen un cuerpo de un niño perfectísimo, y creando una alma nobilísima la infundió en aquel cuerpo, y en el mismo instante el hijo de Dios se unió a aquel cuerpo y alma racional, quedando sin dejar de ser Dios hecho hombre verdadero. Era horroroso tener que aprenderse aquello de memoria, no entendía nada y su madre lo repetía una y otra vez, sentada al borde de la cama.

IGLESIA

Parecía que en la iglesia se hubieran congelado varios siglos de frío. Se había incrustado en las maderas de los bancos y hasta en los mantos de las imágenes. Afuera también lo hacía, pero se notaba distinto porque era un frío reciente sobre los escalones de piedra y el porche. Enmedio estaba el *rollo* de piedra, donde en tiempos se ahorcaba a la gente. Tenía cuatro brazos como gárgolas a los cuatro costados, y allí quedaban los ahorcados de cuatro en cuatro, para qué desperdiciar el sitio. Los veía colgados la gente del pueblo, para escarmiento de pecadores. Al parecer tenían las caras moradas y fuera un palmo de lengua, y los cuervos y otros pájaros graznaban alrededor. Claro que de eso hacía mucho tiempo, nadie que viviera en el pueblo ahora lo había conocido, y de entonces sólo quedaba el frío, incrustado en los muros de la iglesia.

COMUNIÓN

La abuela anda buscando todos los archiperres de la comunión. En la Aguja de Oro ha comprado el vestido y el velo, y en una imprenta ha encargado los recordatorios. Mientras, por las noches me enseña, ella en su cama y yo en la mía, las oraciones que nadie me ha enseñado antes. Es un contradiós, dice la abuela. Yo la miro desnudarse. Se quita el vestido de seda negra y lo deja en la silla, y la veo con un corsé que no le aprieta, al contrario, parece quedarle flojo. Es un corsé lleno de cintas, y ella desata las cintas y se quita el corsé, y se queda con una camisa de tela fina, con el descote grande redondo, y por el descote le asoma la piel blanca y rosa de su cuello. Luego se mete en su cama, junto a la mía, que tiene remates dorados que se atornillan y se desatornillan, y empieza a enseñarme todas esas oraciones que hay que saberse para la primera comunión. Me siento segura, porque sé que con ella nunca puede faltarme de nada. Me admira que siempre tenga dinero para todo, y que me lo dé. Por eso me gusta estar en su casa, y además porque ahí siempre puedo hacer lo que quiero.

LA GATA

No recuerda cómo llegó a casa, seguramente el tío la trajo cuando era una gata pequeña. Jesusa rezongaba al principio, pero la adoptó luego, como adoptaba a todos. La gata andaba siempre por la casa, sobre todo en el comedor, al calor de los braseros. También la tropezabas en los pasillos, como un trozo de sombra que se te metiera entre las piernas. A veces corría a acurrucarse junto a la caldera de la calefacción. En la oscuridad le brillaban los ojos, amarillos. Bajaba al jardín, en los días fríos y húmedos del invierno, y también en los fragantes de la primavera, cuando la enredadera se llenaba de florecillas blancas. Andaba libremente por la casa, y se escurría por la puerta del jardín. Necesitaba sólo una rendija, su lomo sedoso resbalaba contra la hoja.

Luego empezó a tener crías. Debía haberse extrañado de que sus gatos se esfumaran nada más venir al mundo. Era el jardinero quien se los llevaba metidos en un saco. A temporadas tiraba de una gran barriga, y luego se quedaba flaca y había más gatos en el jardín.

LA CRIADA

En todos los hermanos se advertía un cierto desequilibrio, debido a la falta temprana de madre. La familia no se derrumbó por el hecho, gracias a la intervención de una antigua criada que llevó en gran parte el peso de la administrción desde entonces. Ella fue una institución en la familia. Había entrado en la casa muy joven, su madre era cocinera en un hotel y aficionada a la bebida. Al mismo tiempo arrastraba a la hija a su vicio. De modo que, cuando la abuela conoció a la muchacha, decidió arrancarla de las malas influencias. La llevó a su casa, y como la chica había aprendido de su madre tanto lo malo como lo bueno, resultó una magnífica cocinera. Por varias veces tuvo que salir ella misma a buscarla, cuando volvía a las andadas. De manera que la chica cobró por el ama una auténtica veneración.

SOLFEO

La nota redonda me recordaba a una señora gruesa que lo ocupaba todo, que apenas cabía por la puerta, y había que apartarse para dejarla pasar. La blanca era una mujer casada, muy limpia, que no había

engordado todavía pero llevaba camino de ello. La negra una muchacha pizpireta, tostada por el sol, que casi nunca estaba sola sino con otras compañeras, y las corcheas eran muchachitas cogidas de la mano, las fusas eran aves con las alas desplegadas, y cada signo me decía una cosa distinta. El calderón era un sombrero muy solemne, había que quedarse parado cuando aparecía, y el silencio de la negra me recordaba un murciélago. Da capo, decía en el texto, y había que volver atrás y empezar de nuevo junto a la clave de sol, que era una señora mandona. Los puntillos parecían cargadas de mosca, y mientras tanto doña Andrea dando con el palito en el piano, y había que decir a mi madre que me hiciera estudiar un poco más.

FRÍO

Llegaba tarde a la última misa de la mañana, que era la última del día, y me arrodillaba sobre las baldosas de piedra, estaban tan frías que pronto se me habían helado las rodillas, el frío subía por los muslos, y me dejaba tiesa. Era el día de Navidad. En una losa al lado había unas palabras labradas, diciendo que allí habían enterrado a alguien. Pero no me daba miedo y sí un punto de curiosidad, por saber quién era el sujeto a quien habían metido allí debajo. Al mismo tiempo estaba recordando que me quedaban por picar los pimientos, que había que hacer la mayonesa y que la mayonesa se cortaría como siempre a última hora. Ojalá a alguien se le ocurriera hacerla, y mientras había pasado el Sanctus y llegaba la Comunión, cantaban villancicos arriba en el coro, y en mi cabeza bailaban los huevos cocido rellenos de foagrás, las aceitunas y los pepinillos en vinagre. Ya estará todo el mundo aguardando para comer, así que en cuanto podía sin escándalo hacia la genuflexión deprisa, encima de los huesos del muerto, y salía de la iglesia corriendo.

LÍDER

Desde el momento en que son integradas, estas personas han sido aprovechadas para el juego; renuncian a su propio y recto juicio, sustituido por la ciega obediencia a las consignas. En cuanto al fundador, (carraspeos), debo decir que no merece mis simpatías. Y no me guío de opiniones ajenas, sino de mis propias apreciaciones. Para empezar, diré que observo en el personaje características demasiado blandas (aquí, el

tono subraya la palabra). "Es una figura blanda (de nuevo subrayado), eso no puede dudarse, empezando por su aspecto físico y sus modales, y siguiendo por sus escritos. ¿No advertís su tono paternalista y melifluo? (mirada alrededor); es uno de tantos ejemplos de la propia divinización, que las multitudes, por alguna causa inexplicable, siguen con verdadera ceguera. Su doctrina es un cierto nazismo espiritual, y como tal ha hecho del comunismo un enemigo acérrimo, combatido en forma ostensible y enfermiza. Aquí, los intereses políticos se antepone a los de la religión".

ESPARTERA

La espartera vivía frente a la casa de la abuela, en una dependencia de la plaza de toros, ocupando el espacio que dejaban las gradas por debajo. Tenía la puerta siempre abierta, y colgados de escarpias los arreos de esparto. Sentada en una silla baja tejía las alforjas. Su niño usaba alpargatas de esparto. Mi hermano era su amigo, andaba siempre por la calle con él, y con el hijo del peluquero gordo. La barbería tenía los espejos llenos de cagadas de mosca, pese a que colgaban del techo unas tiras pegajosas donde muchas se quedaban pegadas. Tenía las paredes con carteles de toros. Cerca estaba la estraperlista, que era amiga de mi tía. Los guardias civiles le compraban tabaco. Además vendía chocolatinas de Gibraltar, perfumes y tapetes. Yo entraba allí con mi tía, que era el garbanzo negro de la familia. Alzábamos la tapa del mostrador y nos colábamos dentro, y nos sentábamos a la camilla con la estraperlista. Siempre sacaba algo: o me lo compraba mi tía, o la mujer misma me lo regalaba.

GABINETE

Habían comprado un gabinete nuevo, un tresillo de pelillo verde que pinchaba los muslos al sentarse y se quedaba marcado. La librería era mueble-bar. Te levantabas del sillón y tenías la carne colorada, llena de puntos. Dentro del bar se encendían bombillas escondidas, que iluminaban los espejos, las copas y las botellas. Había un licor muy bonito que se llamaba Pippermint. En la librería pusieron unas obras completas encuadernadas en piel. Allí estaba el Relato Inmoral, de Fernández Flórez. Estuvo leyendo el prólogo primero, y decía que cualquier doncella que lo leyera estaría condenada en el acto. Por eso le daba curiosidad leerlo.

Decía algunas marranadas, pero ni siquiera las recuerda. Había además un cuento de Anatole France, que hablaba de los amores de Abeja de los Clarides y Jorge de Blancoerial.

COMIENZO

Él estaba ahí seguramente, tramó lo de la conferencia, llenó su boca con las llagas del afta, hizo que tuviera que estar en la cama con la fiebre tan alta tomando aspirinas hasta hartarse, y entonces permitió que surgiera la llamada, puso en sus manos una hoja con la estadística de los huevos de las gallinas, y una pluma o un bolígrafo o un lápiz negro o un lápiz rojo, que ya no lo recuerda, aunque aquellas primeras líneas deben estar todavía ahí, entre todos esos papeles metidos en la caja, junto a las hojas arrancadas de la vieja agenda en que siguió escribiendo a ratos, la agenda atrasada cuyos días eran los días de un año pasado, en cuyas páginas iba pergeñando recuerdos sin tener las fechas en cuenta para nada. Todo estaba escrito, desde que llamó por teléfono y le dijeron que se moría, desde que tuvo que aguardar horas y horas y llegó de madrugada, cuando ya estaba empezando a levantarse el día y había luces color de rosa detrás de las persianas bajadas.

COSTURERA

La costurera vivía en la bohardilla, tenías que subir a pie las escaleras empinadas y llegabas a un rellano con sol, con una ventana desde donde veías los tejados oscuros. El sol daba en las tejas, y hacía nacer allí pequeñas matas verdes con florecillas. Las baldosas en el descansillo eran de un rojo oscuro, y estaban muy limpias. Dabas vuelta a la palomilla del timbre, aguardabas y oías los pasos de fieltro de la costurera. La casa brillaba y era alegre, con su vestíbulo encerado, una anticuada mesa, y encima un paño de bolillos debajo de un cristal. En el florero, unas flores de trapo. Había visillos de encaje en las ventanas, y una alcoba de techo muy bajo con una gran cama, y encima una colcha de ganchillo. El probador tenía un armario de luna, y todo brillaba por el sol de la claraboya. Detrás de una cortina de cretona se oía siempre una máquina de coser. A veces asomaba una anciana sonriente, con el pelo blanquísimo. Era la madre de la costurera.

PERDÓN

Te pido perdón, pero era necesario. Tenía que veros, tenía que verla a ella, para curar hasta el fondo cualquier resto de herida, de podredumbre. Y creo que vencí. Todavía no he podido darme cuenta que la importancia de este encuentro. Como tantas veces lo vengo haciendo en la vida, yo os he utilizado. Pero era necesario, era una baza que tenía en mis manos. Aún tengo el convencimiento de que todas las fuerzas de la naturaleza se aliaron a mi favor, y por eso todo salió como salió, y por eso triunfé, y por eso desde ese día soy una persona nueva, curada de muchas viejas sombras. He superado, de verdad, las obsesiones de mucho tiempo. Me he encarado, frente a frente, con el pasado en su forma más cruda, y he vencido. Os he vencido a todos, es como si os tuviera a todos debajo de mis pies. Hasta he llegado a creer firmemente que tu madre, desde arriba, se aliaba conmigo y se ponía de parte mía contra vosotros. Y no es extraño el pensarlo, porque ella me quería, quizá más que todos vosotros.

NARCISISTA

Siempre que habla mucho, se arrepiente luego. Le gusta estar solo, con su mundo interior, se lleva tan bien consigo mismo. Quizá sea narcisista, enamorado de sus propios pensamientos. Fuera, las cosas le ofrecen pocos atractivos. No tiene más amigos de los libros. Toda compañía le resulta incómoda, y más aquélla que es necesario cultivar. La obra fructifica en el silencio, se dice. Pero a veces duda si no debiera prestar más interés a las relaciones públicas, en su provecho. Duda poco tiempo: ve la futilidad de las relaciones, que no hacen más que mermar el tiempo del escritor. ¿Que no logra hacerse notorio? Tampoco de otra forma lo lograría, y así al menos posee un mundo propio. Quisiera no verse obligado a trabajar, poder dedicarse a escribir, a viajar y a ver cine, que le gusta tanto. Pero en el fondo es optimista, seguramente esto que tiene que hacer hoy está trabajando en su favor. Desearía alguna actividad que lo relacionara con el pueblo y con las gentes, a fin de renovar la visión que tiene de las personas y la vida.

DUDA

Desde que terminé mi último libro me debato entre dudas: ¿Qué es lo que debo empezar? Tengo pensada una biografía, desguazando las novelas del autor, y analizándolas en todos sus aspectos. Es un tema que me atrae desde hace años, desde antes quizá de terminar "Muerte en diciembre". (Por cierto, ¿te has dado cuenta de que en diciembre era la fiesta que dabais en vuestra finca? Es un dato curioso, y que ahora mismo no podría decir si premeditado casual. Lo he olvidado por completo). Verás que pierdo el hilo, son tantos los hechos y los recuerdos que me acosan que salto de unos a otros sin ningún orden. Bien, dudaba entre la citada biografía (que me habría de llevar mucho tiempo, y pienso que acabaría por hacérseme insoportable), o elegir otro tema cualquiera acerca de mi familia, de mis recuerdos o amores infantiles... Y he aquí que, hace varios días, mientras estaba tomando la sauna, vinieron a mi mente estas palabras: "A veces, todavía, acudes a mis sueños". Eres tú quien acude, y bien sabe Dios que eso es verdad.

CONFESIÓN

Se arrodillaba ante el confesionario, y al otro lado de la celosía de madera había un hombre aguardando, casi siempre con el pelo canoso y los ojos entrecerrados. La alambrera estaba tan sucia que se habían cegado los huecos entre los alambres. Aquello le daba mucho asco y evitaba acercar la cabeza. El hombre bisbiseaba algo. Ella contestaba en voz baja hace tanto tiempo que me confesé, una semana o quizá quince días, o quizá veinte, y empezaba a considerar su vida con orden, empezando por las primeras horas de la mañana. Lugares que había visitado o personas que había visto, y siempre confesaba lo mismo porque era raro que cambiaran las circunstancias. Podía haber tenido pereza, olvidado sus oraciones, habría mentido o habría pecado de gula. No había tenido malos pensamientos, ni había acometido acciones impuras. Ni con otros ni consigo misma, tendría que enterarse de cómo podían cometerse acciones impuras con una, ni sospechaba como podía ser. Y la duda de si habría confesado debidamente, de si ciertamente se le habían perdonado los pecados.

BORRASCA

Había llovido todo el mes, un día y otro día. Tanto, que los turistas extranjeros reclamaban indemnizaciones y daños. De pronto un día llegó la borrasca, que descuajó las palmeras centenarias del parque. Las dejó tumbadas tan largas como eran, junto a los agujeros de sus raíces arrancadas. Cayeron tapias enteras por la fuerza del viento. Tan limpiamente se troncharon, que en el suelo yacían los ladrillos unos junto a otros, guardando su posición inicial. Cayeron tejados enteros, y los postes de la luz y del teléfono, con un claro peligro de incendio. Permanecían sobre la tierra encharcada. Gran parte del malecón se derribó, y el mar entraba dentro, las olas sacudían el paseo marítimo sobre las rocas del puerto, y avanzaban rasantes con un estruendo sordo. Anduvo con cuidado de no resbalar ni pisar algún cable, con el vientre enorme que dificultaba el equilibrio. Saltaba una zanja o evitaba un arroyo de barro, en aquella desolación de cables y ladrillos esparcidos.

CASA GRANDE

Teníamos una casa grande, donde vivíamos y donde mi padre pasaba la consulta. Sé que la casa tenía unas altas verjas, pero es porque luego la he visto en fotografías. En una estoy yo, abultando poco más que un ratón. También está mi padre, sentado en una hamaca, con las zapatillas de paño puestas. Él me cogía en brazos, me sentaba en sus hombros y me llevaba a ver acostarse la luna. Por entonces me dio los únicos azotes de mi vida. Me dijo que me iba a caer y me iba a clavar las tijeras, pero yo seguí corriendo y me las clavé en la rodilla. Entonces me dio los azotes. Todavía recuerdo las tijeras, que eran pequeñas. Había una plazoleta grande frente a la casa, y al fondo un pozo. A lo mejor lo he soñado o me lo he inventado, pero lo veo con claridad. Un niño se llamaba Cuquín, y una muchacha Cucaca. Cuquín llamaba *papa* a su papá, yo llamaba lo mismo al mío, cosa que no le gustaba nada. Los enfermos esperaban sentados en bancos de madera, que estaban pegados a la pared.

TEATRO

Aquel teatro era tan bonito que le parecía un sueño. Tenía un frontón de cartón grueso y fuerte, y en medallones varios personajes de la literatura. Otro cartón más pequeño simulaba cortinajes verdes con flecos de oro, y subía y bajaba por una ranura. Para el escenario tenía varias decoraciones distintas, según la función que fuera a poner. Creaban mundos que parecían de verdad. Tenían árboles y ventanas, y las ventanas papel de celofán de colores. Los personajes estaban recortados en cartulina, y entraban y salían montados en listones de madera. Había pastores con ovejas al hombro, y reyes magos con largas capas rojas, y bueyes que entraban y salían. Lo que tenían que decir las personas venía en un libro pequeño, y había que leerlo en voz alta mientras ellos entraban y salían, montados en listones de madera. Lo tenían casi siempre guardado en la alacena el pasillo, y como era tan fuerte tardó mucho tiempo en romperse.

NO MIRÉIS

No os asoméis a la ventana, por favor, les dijo, no miréis abajo porque alguien ha debido caer. Porque sonó un ruido fortísimo en el patio, como si algo muy pesado hubiera arrastrado a su paso macetas, y hubiera partido cuerdas de la ropa que sonaron como enormes cuerdas de guitarra. Al mismo tiempo se oyó un grito desgarrador, que ponía los pelos de punta. No os mováis, les dijo, por favor, no miréis. Y miró abajo con mucho tiento, casi sin atreverse, y vio algo que parecía una mujer, y vieja, por el vestido oscuro, porque no se atrevió a mirarle la cara que tenía de perfil. El cuerpo estaba boca abajo, aplastado contra el cemento del patio, tenía la falda subida y le asomaban las ligas de las medias negras, y unas piernitas blancas, y las zapatillas estaban fuera de los pies, a distancia. También había tiradas por el patio unas cuerdas con ropa prendida, y junto a la persona una pieza de tela de color azul. La falda se le había subido y le asomaban dos gruesas piernas, y el final de las medias y las ligas.

BORDADORA

Veía años después la galería aquella desde la casa de enfrente, y pensaba con pasmo cómo no se habrían hundido, la casa y la galería, y ellas con sus bastidores y las sillitas bajas, y las cajas de hilos y los dedales y las agujas, y los punzones para hacer los ojetes, y la bordadora y su cocina y el puchero del cocido que barbotaba, y su marido que dormía continuamente en aquel cuartucho de al lado, una alcoba oscura y sin ventilación que daba al cuarto donde bordaban ellas, que les transmitía olores a sueño y a sudor nocturno (o diurno), a calores de cama y a quejidos de duermevela. Cht, hablad bajito que no se despierte. Él salía a veces con su camiseta blanca y el pelo ralo, bostezando y con los ojos hinchados de sueño, pasaba desabrochándose ya la bragueta, sin mirarlas, volvía al poco y tampoco las miraba, abrochándose la bragueta. Entraba detrás de la cortina y se oía crujir el somier. Ella sonreía todo el tiempo, como disculpándose, el pobre trabaja por la noche y tiene que dormir ahora. Las manos de ella eran primorosas.

MODISTA

La modista de mamá vive en una casa pequeña, cerca de los baños del Carmen. Es una casita de una planta. Cogemos el tranvía y volvemos de noche, cuando ya el mar está negro y se ven lucecitas a lo lejos. La va a tener que dejar, porque nunca tiene las cosas para cuando promete. Da largas y largas, y por mucha paciencia que tenga mamá acaba por perderla del todo. Antes tenía otra que vivía en el centro, en una casa antigua de una plazoleta. Eran dos hermanas muy amables, un poco mayores y gruesas, y una tenía frenillo al hablar. Mi madre decía que eran unas modistas buenas. A mí me hicieron un abrigo, pero no me gustaba porque me estaba estrecho y no cerraba bien. Tenía un cinturón que era una lazada, y unas mangas raglán. Era incómodo, porque apenas podía subir los brazos y se descomponía. Además, tenía un color parecido a la caca. Pero aquellas modistas eran muy simpáticas y amables, y a mi madre la llamaban doña Anita. Doña Anita para acá, doña Anita para allá. Y eran mucho más formales que ésta.

LIBROS

Cogía la escalerilla que sólo tenía dos peldaños, la arrimaba a la estantería y pasaba la yema endurecida del dedo sobre los lomos añosos, hasta que el dedo se detenía en un título y cuidadosamente extraía aquel libro de entre sus compañeros. Bajaba los dos peldaños de la escalera y se sentaba ante la mesa camilla cuadrangular que tenía faldillas con olor a lana chamuscada, depositaba sobre el paño oscuro el libro con verdadero mimo, y empezaba a repasar sus páginas. No usaba gafas para leer. De cuando en cuanto alzaba la mirada, pensativo, y la posaba al otro lado de la calle, tras los cristales alargados y los amarillentos visillos de malla. Desenroscaba pausadamente la estilográfica negra, tomaba una cuartilla de aquel montoncito de papeles que amarilleaban, y sujetando con la mano izquierda las páginas abiertas del libro anotaba algo con letra cuidadosa. Cuando había terminado, subía de nuevo los dos escalones de la escalerilla y situaba el libro pulcramente, en el mismo hueco que había dejado antes. Previamente, había vuelto a roscar la tapa de la estilográfica.

RECRÍA

Fue maestra en sarampiones, en toda clase de sarpullidos y erupciones infantiles. Criaba a sus pechos a todos sus vástagos, y no fue mala ama de cría. Todos crecimos, más o menos fuertes y robustos, comiendo todo cuando nos ponían delante, y haciendo destrozos. Durante diez años se dedicó a la recría, había que recuperar lo perdido. Que si Herodes se hubiera dado una vuelta por ahí... Y limpiar culos y dar la teta, y por las noches siempre igual, sin dejar una, manejándose con aquella barriga. Porque nunca hicieron el acto contra natura, nunca. Y menos los anticonceptivos, con aquellas varices. Así que tenían el alma blanca como la azucena, estaban libres de pecado. Gracias a la divina providencia, todos salimos adelante sin grandes tropiezos. Llegaban los chicos de sus colegios, y ella ni siquiera podía dormir la siesta, porque tenía que acompañar al mayor al médico. Al final la cosa variaba, él había perdido las ganas de eso, y si las tenía se las aguantaba, porque con su asma y sus achaques no estaba para nada. En fin, las cosas corrientes de la vida.

VECINAS

Eran vecinas, por eso intimaron. La más alta era muy simpática, graciosa de cara, y extraordinariamente espigada. Tenía muy largos los brazos y piernas, de forma que todas las mangas le quedaban cortas. Llevaba en la muñeca una pulsera cilíndrica de plata, que no podía quitarse nunca, porque se había quedado pequeña y no pasaba por la mano. Por eso la llevaba de día y de noche, y parecía formar parte de ella misma. Tenía el pelo abundante, de un rubio oscuro, y peinado en dos trenzas que le nacían sobre las dos orejas. Llevaba el pelo partido en dos con una raya. Tenía los ojos castaños, y largas pestañas y sus facciones no eran correctas, pero sí muy graciosas y hasta bellas. Era una buena amiga, ella la quería. Llevaba prendas de punto que su madre le hacía continuamente: gorros de colores que no se veían en ninguna tienda, y manoplas hechas con lanas de colorines. Usaba medias de sport, con dibujo de rombos, que le hacía su madre a juego con los guantes. Era alegre y brusca, y reía a menudo. Cuando no lo hacía, su cara adoptaba una graciosa seriedad. Era tan alta que sobresalía entre las otras.

EVANGELIO

Siempre tomó el Evangelio con temor, buscando verdades que vinieran a darle la paz, pero temiendo frases o situaciones que repugnaran su sentido de la justicia, o el recto uso de razón. Había frases clarificadoras, que podían iluminar una vida, pero siempre abría las hojas de papel biblia con una cierta sensación de angustia. Se hallaba a veces con pasajes inexplicables y oscuros, cuando no abiertamente abyectos en su opinión. Pero no quería renunciar a una herencia que le era tan precisa como el aire para respirar. De modo que empezó a desarrollarse su sentido crítico, seleccionando los datos luminosos, y orillando los que oscurecían la figura de Jesús. Trataba de formarse una idea de la figura del Dios hombre, y pensaba acaso en una mala traducción o en una interpretación errónea, bien por el paso sucesivo de unas lenguas a otras, o por la dudosa voluntad de las personas o los grupos sociales, que abultaban los hechos o los desfiguraban. Siempre con timidez fue haciéndose un evangelio a su medida, que le diera la dimensión de su vida sin hacerlo caer en aberraciones.

BIDÉ

Guardaban cola para entrar en el bidé, una tarde a la semana. Aguardaban en camisón y con la bata puesta, en la mano una toalla, y una pastilla de jabón dentro de una jabonera. Los bidés no colaban bien, debían atrancarse con los pelillos. Cuando llegaba la vez lo encontraba lleno de agua sucia, de la que había precedido, y quizá de alguna más que se lavó primero. El agua estaba gris, y tenía una nata blancuzca, como deja un jabón cortado por el agua caliza. Para ayudar a que el agua colara había que meter la mano, hacer el vacío en el sumidero, subía un manojo de pelillos mezclado con el jabón. Sacaban los pelos y los tiraban a un lado en el suelo, y el agua empezaba colar. Pero tardaba todavía, y las paredes del bidé tenían corros grisáceos, así que había que enjuagarlo mientras las otras aguardaban fuera. Si no tenías ganas de historias te lavabas en el agua sucia y adiós. Que otra se ocupara de la limpieza. Con los muslos y las posaderas húmedas todavía, salían quejándose de que aquello no colaba ni a tiros. En el dormitorio cepillaban el uniforme y sacaban brillo a los zapatos, con el cepillo y la bayeta, y la caja redonda de betún. Luego se acostaban en silencio.

TALLER

Había que entrar en un portal viejo y pequeño, tan estrecho que era fácil pasar sin advertirlo, entre tiendas de ropas infantiles de mal gusto, camisetas de caballero y señora, pantalones de felpa hasta los tobillos. Y estaba la droguería, y entremedias si no andadas con mucho cuidado no veías el portal estrecho, largo y oscuro, y te pasabas. Las escaleras eran también oscuras y estrechas y el techo estaba negro, acaso por la falta de luz. O por la suciedad. Había que subir un piso y otro, tanteando las paredes sucísimas, donde los letreros raspados en blanco destacaban sobre el fondo marrón.

Arriba llamaba a la puerta y asomaba la bordadora, sonriente, hablando en un tono muy fino. Parecía que exagerara lo fino, con un deje sudamericano, muy dulce. Era morena y tenía el pelo rizado y corto, una nariz fina y unos ojos como carbones. Pasad, pasad, decía, y les mostraba la habitación junto a la cocina, que estaba más caliente que las otras, o menos fría, y que daba a una galería a punto de hundirse. Se hubiera hundido con seguridad si no la hubieran sujetado los muros de las casas vecinas.

DIARIO

El diario estaba encuadernado en piel, las tapas se cerraban con un pequeño candado. Lo dejaba abierto por descuido, y aquello lo leía todo el mundo. Escribía sus amores infantiles, hacia muchachos a quienes apenas conocía, que había inventado quizá. Acariciaba su cuaderno como una criatura, la piel era tan suave y los cantos dorados tan bonitos, y había tantos secretos allí. Aunque como siempre lo olvidaba, debían ser secretos a voces. A los catorce años escribió sus memorias, pero entonces el cuaderno ya no era de piel, sino de un hule verde con un olor fuerte, y los cantos colorados. Allí metió todos los recuerdos de su niñez. Un día le dio el avenate, abrió la caldera pintada de purpurina y se quedó mirando las brasas rojo-blancas. Sentía en la cara el calor de las llamas y la deslumbraba el fuego. Oía el crepitar de los carbones. Cogió el cuaderno de pastas verdes y lo dejó caer. Las pastas se alabearon un momento, se arrugaron las hojas cuadriculadas, otras se desplegaron, ardiendo, se alzó una llamarada y luego se apagó, las pavesas revoloteaban dentro. Así desapareció el cuadernillo.

RESIDENCIA

Lo instalaron una cama en la habitación donde dormía su hermano con un amigo. Hacían las camas una vez la semana, y ni aún entonces removían los colchones, que se habían puesto duros como tablas. Sólo estiraban las mantas y las sábanas, una vez por semana. Algunos chicos guardaban chorizos debajo de las camas, y estaban llenos de pelusa. Había morcillas de manteca colorada. Salía a diario, dejaba el barrio y cogía un autobús que lo llevaba al centro, a través de unas calles desconocidas. Al llegar allí tomaba unas calles estrechas hasta el Centro Taquigráfico. Subía las escaleras chirriantes que olían a coles, la puerta estaba abierta siempre aunque un muelle la mantenía aparentemente cerrada. Entraba en un ancho corredor lleno de humo de tabaco, donde había un chubasky que crepitaba. Las puertas estaban pintadas de un blanco sucio, y entre las rayaduras se veía otra pintura verde, y debajo otra azul. Dentro de cada puerta había diversos grupos, según la velocidad de los estudiantes. Para entrar tenían que mostrar un carnet, con la foto cosida con grapas.

DECEPCIÓN

Me han devuelto el libro que te envié, tendré que mandártelo de nuevo. Venía con otros varios, cinco o seis, y estaban en la editorial. Ya había yo sospechado algo así. Allí estaba tu nombre, y sentí una suerte de decepción y un sentimiento de alivio al mismo tiempo. He aquí el motivo, no le ha llegado el libro, seguramente en su ausencia los vecinos lo habrán devuelto. No lo ha leído, no ha podido juzgarlo ni estremecerse con él. Como te había anunciado su envío lo echarías en faltar al volver, y dudarías de mi sinceridad. Así que mis sentimientos siguen inéditos, y así el no sabrá, no podrá saber, si se ha perdido el libro o es que nunca se le envió. Lo habrá buscado para comprarlo, y no lo habrá encontrado por su deficiente distribución. Y ahora tengo las manos ese trozo de vida que te pertenecía, y te veo sumido en confusiones, sin saber qué pensar. Así que he decidido que uno de estos días iré a reexpedirlo, y que incluiré dentro una de mis nuevas tarjetas, y trataré de explicarte que el libro salió, como te dije. Pero fue devuelto, y que aprovecho su un reenvío para mandarte un cariñoso recuerdo, y desearte una feliz Navidad.

LUNA

Entonces se aficionó a las bonitas poesías que sonaban bien y eran tan tristes, he dormido esta noche en el monte con el niño que cuida mis vacas y cosas así. Aquellos versos la arrullaban todo el tiempo y la hacían evocar bellas imágenes. Y escribía a su vez: Oh noche, noche de luna en la alameda de plata, calma fingida los ojos y tempestad en el alma. De esta forma siempre estaba en la luna y sin enterarse de nada, y no sabía las lecciones que había que estudiar, ni los ejercicios que hacer. No oías el timbre que sonaba hasta que todo el mundo estaba fuera, te perdías en los pasillos, cogías los libros que no necesitabas y olvidabas los que sí, perdías la goma y la pluma estilográfica, andabas pidiendo cosas prestadas a todo el mundo. Vamos, te decían, no se haga la tonta más de lo que es. Y tú abrías los ojos como platos, haciéndote la inocente. No estudiabas la lección que era, sino la de delante o la de después, o la primera parte si era la segunda, todo menos atinar con lo del día. Tomabas el libro de filosofía por el de matemáticas, el de física por el de latín. Siempre andabas sola por los pasillos, buscando algo que las otras habían encontrado hacía tiempo.

BIBLIOTECA

La literatura sudamericana fue para él un verdadero hallazgo. Lo impulsó a escribir, lo que no habían logrado las obras de los escritores nacionales. Estas obras tan originales causaron en él un verdadero impacto: Vargas Llosa, García Márquez, y sobre todo Cortázar. La casa de su padre estaba llena de libros, pero empezó a formar su propia biblioteca, con un criterio científico: siguiendo la historia de la literatura, desde sus comienzos, procuró reunir las obras principales de cada autor, y de cada época. De esta forma las obras no eran demasiado numerosas, pero sí fundamentales. Salvo excepciones, todas pertenecían al género de la narrativa. (Su padre, en cambio, era amante de la poesía y del teatro). Se aficionó a las grandes enciclopedias de cine, que le sugerían situaciones y personajes, y alimentaban su imaginación. Pero sus preferidos seguían siendo los libros autobiográficos, y las biografías referidas a escritores. Se había convertido en un maníaco del género, y detectaba con fruición cualquier volumen, en cualquier parte, referido al tema. En librerías de viejo, en nuevas ediciones, iba buscando los tesoros que se le desvelaban.

VIUDOS

La miraba desde el balcón y tenía un aspecto sórdido, el pelo canoso y hablaba alto, casi a gritos. Miraba la casa y agitaba los brazos, amenazando. La gente la miraba, y algunos se paraban en la acera. Su madre, más decidida, se decidió a bajar. Le rogó que se marchara, pero la mujer quería dinero y amenazó con unas cartas que tenía. "No le da vergüenza armar este escándalo", le dijo. "No hacíamos ningún mal a nadie, los dos éramos viudos", dijo ella. "Pero necesito dinero, y si no me lo dan les llevaré las cartas a los jesuitas". Mamá la echó con cajas destempladas y le dijo que podía enseñar las cartas a quien quisiera. Pero que se fuera de allí, o llamaría a la policía. Luego le contaron la historia, y casi no podía creer que un hombre tan considerado como el tío se hubiera visto con una furcia y le diera dinero. Pasaron los años y no la volvió a ver. De todas formas supo que había vuelto, había hablado con la portera y con las vecinas. Desde entonces el tío se encerró en casa y no volvió a salir, hasta que se murió y lo sacaron. Todo el barrio debía estar enterado de lo suyo. Nunca pudo saber cómo se encontraban, ni cuándo. Todo era una incógnita, algo así como un caso de novela.

INTERNADO

Iba a ver a su prima, franqueaba el jardín exterior con la estatua del Sagrado Corazón en piedra blanca, que resaltaba sobre el muro de ladrillos. Subía al locutorio por una escalerilla estrecha, hasta un salón encerado donde había muebles antiguos y tapicerías ajadas. Unas rejas dobles lo dividían en dos, y a un lado estaban las visitas y en el otro las alumnas. Había varios locutorios superpuestos, pero todos eran más o menos iguales, con una sedante media luz. Había que hablar en voz baja. En todos estaba el Sagrado Corazón de la pared, en una capilla de damasco rojo, con su manto oscuro y en la cabeza una aureola de metal. Había cuadros de la Beata en las paredes, y máximas piadosas, y las tarimas lucían con el brillo de la cera. Las caras de las alumnas, al otro al lado de las rejas, tenían el color de la cera también. Cuando acababa la visita no podían besarse, se daban las manos entre las rejas dobles. Las niñas salían por una puerta de cristal esmerilado que había en el fondo, y regresaban al convento.

SORDA

Vive sola en una casa vieja con una sola habitación. Ella dice que su casa es muy húmeda. Mi madre y sus primas porfían con ella para que se marche a vivir con las monjitas, pero ella no quiere ni loca. Cuando sea más vieja todavía ya no podrá coser, entonces vendrá a casa a comer un día la semana, y otro día casa de cada una de las primas de mamá. Se llevará la cena a su casa, y también algún dinero. Así tendrá su tiempo distribuido entre todas sus amistades.

Viene todas las semanas a casa a repasar la ropa, y es sorda como una tapia. Lleva una trompetilla de madera para que le hablemos al oído. Mamá dice que es desconfiada como todos los sordos, de pronto se cree que estamos hablando de ella. Se peina con un moño y se le salen todos los pelos grises, y al hablarle al oído los pelos se te meten por la boca. Está siempre mala, pero dice papá que vivirá más que ninguno. Conoce a mamá desde que era pequeña, y a mi padre lo tiene frito con las enfermedades. Cuando estamos comiendo entra en el comedor, abre la boca y le enseña la lengua, o los dientes postizos que se le menean en la boca. Un día ha venido con un pañito de toalla en la mano, y en el paño una manchita marrón. A mamá le ha dado tanto asco que se levantó de la mesa.

LAGAREJOS

Tenía una casa grande en el pueblo, que había heredado de sus padres; abajo había un despacho con un mirador a la calle, y con muchos libros en las estanterías. Además tenían un patio lleno de barro, y al fondo un corral donde hacían las necesidades. Todo el mundo en el pueblo hacia las necesidades en el corral.

Tenían muchas viñas, y en el mes de septiembre cogían las uvas. Eran coloradas y pequeñas, y de allí sacaban un vino clarete. Luego unos hombres pisaban las uvas, aunque tuvieran los pies llenos de polvo. Pero las viñas eran hermosas, y los mozos hacían lagarejos a las mozas. Agarraban un racimo de uvas y se lo restregaban por la cara; y, según decían, les bajaban luego las bragas y se los untaban en el culo. En la bodega había toneles para hacer el vino, unos más grandes y otros menos. Unos eran mejores que otros y sacaban el vino mejor.

Todos decían que su tía era malhumorada, aunque con ella se mostraba simpática. Pero con sus hijos se pone de mal humor, porque hubiera querido ser monja, y siempre lo decía. Se pasaba horas y horas en la iglesia, decía que había errado su vocación. Hubiera querido que sus hijas fueran todas monjas, esposas de nuestro Señor.

FUNCIONARIO

Había ganado las oposiciones y se estrenaba como funcionario. Un pequeño autobús desvencijado lo aguardaba en la plaza, frente al reloj del ayuntamiento. Conoció a sus nuevos compañeros, y salieron a las nueve en punto. Era invierno y los árboles se habían pelado. El primer día todo le resultaba nuevo, la carretera bordeada de árboles, las granjas y al final el pueblecito y el castillo. El coche se detuvo al pie de las escalinatas de piedra, y subió con sus compañeros que se mostraban cordiales en todo momento. Pasaron el foso y se detuvieron ante el portón, alguien tiró de la cuerda de una campanilla que no se oyó sonar. Enseguida se abrieron las puertas, sin que nadie las tocara. Arriba, en una ventana del torreón, vieron una cabeza. Entraron juntos en el patio con cipreses, subieron luego unas escaleras de caracol y se hallaron en el primer piso. Los conserjes lo saludaron afables, y le dijeron conocer a su padre, lo que le parecía natural. Pasaron a Secretaría, y más tarde le mostraron la biblioteca. Para el despacho del director se había habilitado uno de los torreones, y desde las ventanas se veía un paisaje magnífico: el río y el pueblo, envueltos en la neblina invernal, y más allá las manchas oscuras de los pinares.

MISTERIO

Te interesabas por mis relaciones, sobre todo en el aspecto económico. Te gustaba aquel chico porque tenía una fábrica de harinas (luego supe que la fábrica no era suya, sino arrendada), y me aconsejabas no perder la ocasión. Tengo entendido que por entonces consultarse tu problema con el médico que había tratado, y él te tranquilizó. Yo fui a la estación a despedirte. Al día siguiente sonó una llamada telefónica. La recibió la doncella, y alguien dijo que te habías matado. Había sido un suicidio. Enseguida organizaron el viaje. No sabíamos nada, no habíamos reaccionado todavía. Luego supimos lo sucedido. Te habían hallado muerto en el hospital y, aunque se hablaba de suicidio, hubo quien dijo haber sido testigo de un encuentro entre tú y la policía. Primero, habías discutido con alguien en el tren. Mientras, tu novia aguardaba tu llegada. Su padre, al parecer, se había descerrajado un tiro cuando la niña era pequeña. Ni que decir tiene que en la ciudad la noticia cayó como una bomba. La nota del periódico comunicaba un accidente. En casa se evitaba el tema, y nadie me dio una explicación.

DAIMIEL

El pueblo se llamaba Daimiel, según tengo entendido. Yo no llegué a conocerlo, pues estaba todavía en la barriga de mi madre. Pero tengo oído que había pantanos allí, llenos de mosquitos, y también una nube de sanguijuelas, dentro del agua. No sé si he oído, o quizás he soñado, que si alguien hubiera caído allí dentro le hubieran chupado la sangre los bichos, sin dejar ni una gota. Mi padre luchaba contra los parásitos, formaba parte del ejército silencioso que dedicaba sus días a erradicar la endemia, aferrada desde siglos a los hombres, mujeres y niños que la padecían ya en forma resignada, como si hubieran sido conscientes de su impotencia. Entre los afectados del paludismo había algunos niños pálidos de piel transparente, de ojos hundidos y manitas sudorosas que se agarraban al embozo, crispadas por la fiebre, y había vientres hinchados bajo las sábanas, y sienes cada vez más transparentes y naricillas afiladas, y ojos asustados bordeados de largas pestañas, tan largas y espesas que parecían un milagro y no eran más que el preludio de la muerte. Porque la Lehismania Donovani se había adueñado de los cuerpecillos, del interior de su bazo y la médula de sus huesos, chupaba el jugo de su sangre y deshacía sus glóbulos, mientras por un fenómeno

misterioso las pestañas crecían y espesaban, y las mejillas se cubrían de un suave vello oscuro.

GIMNASIO

Menos mal, no son las ocho todavía. Abrir la puerta, dar las buenas tardes, soltar el bolso que la chica sitúa junto a los otros, avanzar por el pasillo de moqueta hacia los vestuarios, quitarse la ropa detrás de la cortinilla. Vestir la malla negra, volver por el pasillo, hacer los ejercicios abdominales. Notando que se ha perdido vientre, al pasar se mira en el espejo que cubre por entero las paredes, y observa que su aspecto es pasable. Demasiado, si se piensa que va a cumplir los cuarenta y cinco años. La cara es angulosa, como siempre, y resulta cómodo el pelo recogido hacia atrás. Respira, aliviada: el abono le durará unos meses todavía. Luego dedicará el verano a nadar, podrá tomar lecciones de perfeccionamiento en la piscina. Erguida, con el paso elástico, se dirige a la correa vibradora que aplica, centímetro a centímetro, a lo largo de todo su cuerpo desde las plantas de los pies. Luego pasa a los rodillos giratorios, cierra los ojos y nota el golpear en la espalda. Todo se vuelve oscuro alrededor, se deja mecer por el suave golpeteo, y el ruido suave del motor. Una oleada vital inunda los millones de células cerebrales. Pero en el altavoz suena ahora, sobre la melodía inadvertida, la voz de una muchacha que apremia para que abandonen el salón. Es joven y nasal, y pronuncia en tono aburrido algo que sabe de memoria.

ARENGA

Hablaba engolado, como ante un auditorio de importancia. "Para mí esa Sociedad, decía, es un fenómeno explicable en el tiempo en que se creó. Contemporáneo del nazismo, de una iglesia preconciliar, de una concepción del comunismo como del poder desatado de los infiernos". Carraspeaba y miraba en torno como aguardando una aquiescencia. "Pero es un anacronismo hoy. Quizá hay una mano poderosa que sostiene todo esto, una mano oscura, internacional, quizá al servicio del capitalismo norteamericano. Sus miembros serían marionetas, culpables o no, que bailan al son que les marcan ciertos intereses". Se detenía un momento, tirándose de los puños de la camisa. "La doctrina de semejante Asociación es retrógrada donde las hay. En lugar de seguir el sano desenvolvimiento

de la Iglesia, su dúctil adaptación a nuevas formas y concepciones de la sociedad, esta nefasta sociedad religioso-política, si me permiten calificarla así", -silencio-, "se aferra a antiguos esquemas afortunadamente superados en el mundo. A una sana flexibilidad opone su disciplina ciega, en que los hombres son como las mulas que se atan a la noria", (silencio). "Y conste", seguía, "que expreso mis opiniones sin ira, o quizá con la única ira de ver utilizadas nociones demasiado sagradas para mí en defensa de intereses nada claros".

"Y no cabe duda de que ahí militan personas de buena voluntad".

LÁMPARA

Le gustaban los abalorios, aquellas bolitas transparentes como puntos de mil colores, colgando en los flecos de la lámpara, formando teorías maravillosas, reflejando en sus pequeñas entrañas de cristal la luz de la bombilla multiplicada tantas veces, y eran tan suaves y tan lindos, y era tan gracioso romper el hilillo que los sujetaba y poner la mano debajo, y recoger la cascada de luces violeta, rojas, azules y amarillas, blancas o como carbones encendidos. Tratar de hilarlas luego en otro hilo, mientras que el que las sujetó pendía ahora negruzco y retorcido. Y los abalorios transparentes en el vestido de seda rosa, formando bordados como de escarcha. También le gustaban las lágrimas de cristal que pendían de las lámparas, parecían brillantes en forma de pera. Pero no en la de su abuela, que era una lámpara sencilla de abalorios. Todos ellos juntos formaban bonitas figuras, rombos azules o triángulos rojos, que ella miraba sin cansarse. Como miraba la cortinilla de mimbres cortados, unidos con alambres, la cortina de mínimos chasquidos donde habían pintado un paisaje con una casa pequeña, con árboles y nubes, y una greca de flores y otras cosas, por donde pasaba el niño que recogía las basuras. El niño con ojos de estrellas, y a su paso los mimbres se entrechocaban con su chasquido peculiar.

TIPO RARO

Era un hombre ridículo, pero su amiga se casó con él. Jugaba al tenis con pantalones cortos y tenía unas pantorrillas blancas y brillantes, sin un solo pelo, como si hubieran sido de mármol. Ella parecía entusiasmada, aunque le dijeron que mejor se tirara al río con una piedra al cuello que

casarse con él. Pero tenía ganas de casarse, entre otras cosas porque pensaba que así tendría más dinero para gastar. Pero no le salieron las cuentas. Él empezó a decirle en su viaje de novios que sentía haber dejado solo a su hermano, un pobre viudo. De modo que ahí empezaron las desazones. Y no porque no se lo hubieran advertido. Él la escatimaba todo el tiempo y no soltaba un duro. Ella andaba cada vez más nerviosa. "¿Para qué lo hiciste?", le preguntaba su amiga en voz baja, “te está bien merecido por haberte casado por el dinero". Luego, ella le contaba cosas malas de él. Decía que todos los hombres eran sucios, y la amiga no quería pensar que lo fueran, pero se callaba. Luego le contó que había encontrado una cosa de goma en la mesilla, pero no para usarla con ella. Él era un tipo raro. Era veterinario, y se contaban cosas feas de él. Hablaba mal de todo el mundo, y cuando hablaba se le iba a la especie y al final no podía saberse de quién estaba hablando. Ella lo llevaba muy bien arreglado, pero siempre estaba nerviosa.

MI TÍA

Mi tía sabe hablar idiomas, dicen que tiene mucha facilidad para eso. Y hasta mi tío, que es italiano, le pregunta palabras en su lengua que él no recuerda y ella sí. En cambio, en casa la tienen por un poco loca. Es porque dice palabrotas, y no le importa delante de quién. Ella se ríe mucho con eso. Es muy cariñosa.

Primero vivían en una casa de pisos, y en la planta baja tenían un bar muy grande. Luego han dejado el bar y la casa, y se han comprado otra enfrente de la Alameda. Es una casa muy graciosa, pequeña pero de dos pisos. La casa la han hecho museo, la gente entra en todas partes porque además es un anticuario y se venden las cosas.

Los otros tíos se avergüenzan por eso, y no quieren pasar por delante de la casa donde entra todo el mundo. A veces, ellos están comiendo en el comedor y entra la gente. Allí se vende todo, y también cacharros romanos, y unos relojes antiguos que eran todos de Pasos Largos, el bandido. Mi tío vende de todo, tiene monedas y medallas, y piedras preciosas metidas dentro unas vitrinas pequeñas, sobre terciopelo rojo. Son piedras muy bonitas, rojas como rubíes, verdes como esmeraldas, aunque no sé seguro si son rubíes y esmeraldas, y otras de muchos colores.

En el piso de arriba está el cuarto de baño y el dormitorio de mis tíos, y por una escalerilla se sube a la azotea. Desde la azotea se ve la Alameda.

PORTAL

En el portal abría la puertecilla a la derecha, con la llave que le diera la Jesusa, siempre recomendándole que no la perdiese y que cerrara bien al salir. Entraba en el cuchitril que servía de carbonera, donde se habían limitado espacios con viejas puertas arrancadas, y donde tenía la Vespa su tío. Allí guardaba su bicicleta. El suelo era de tierra oscura y con desniveles, de modo que andaba con cuidado de no tropezar en la oscuridad. Daba a la llave y se encendía la bombilla polvorienta que no alumbraba más que un pequeño corro, se adentraba en piezas oscuras y profundas donde guardaban el carbón. Había que inclinarse para pasar, otra bombilla dentro era más pobre todavía y su luz tenue permitía tan sólo distinguir los muros para no tropezar con ellos. Pero no leer los rótulos escritos allí desde siempre, que mostraban fechas tan antiguas como toda la antigüedad de la casa. Trastabillaba, escarbaba el carbón con la punta del zapato, sentía el olor reconcentrado a gatos y salía, apagando la luz. Entonces sentía gemir la tarima del entresuelo sobre su cabeza. Había dejado puesta la llave de hierro, y al salir daba dos vueltas a la cerradura. Subía los escalones de dos en dos, agarrado al pasamanos.

ABISMO

Era en realidad un abismo, aunque nunca hubiera pensado que lo fuera, era sencillamente la hendedura del Tajo, y era natural que las personas se vieran abajo tan pequeñas. Y que al tirar una piedra se perdiera de vista, después de rebotar varias veces en los muros terrosos. Y que de noche las luces se vieran abajo como puntos, y que no se escuchara el torrente que levantaba espumas blancas, bajo los ojos diminutos de la presa. Porque no conocían el vértigo, por eso podían subirse en el escalón y asomar todo el cuerpo fuera, no sabían que fuera el abismo, ni que allí se escondiera la muerte. No era más que una parte muy bella de la naturaleza. Mucho después, cuando ya calzaban zapatos de tacón y llevaban unas medidas tan finas que se rompían con mirarlas, descubrieron el terrible secreto. Oyeron las voces y sintieron el vértigo, no podían mirar hacia abajo y de pronto la inocencia perdida, cuando tuvieron que agarrarse a la baranda y volver la vista otro lado, y dijeron que había que irse porque se estaba haciendo tarde, y el aire comenzaba a ser frío.

EL TÍO

El tío me hacía mucha gracia desde que era pequeña. Cuando ingresó de juez era el más joven de todos, siempre lo dice. Mi tía y él son de la misma edad, y no han tenido hijos. Dice que no los quiere para nada, que está muy bien así. Repite casi siempre las mismas cosas, pero a mí me hace gracia. Le gustan los gatos, y es él quien ha traído la gata a casa. Tiene mal genio y no lo disimula, pero luego se arrepiente. Sus amigos son los maquinistas de tren. Le gustan los trenes de juguete, y tiene la casa llena de ellos. Le gusta preguntarme a cuál de las tías quiero menos, y yo le digo que a todas por igual. Entonces me dice: "Eso es mentira. A alguna querrás menos que a las otras". Le gusta que yo haga cosas raras con la cara, y que diga esas palabras que las tías no quieren oír. Y que haga los gestos que ellas me prohíben. Me dice: "Un duro si lo haces delante de tu tía Pepita". La tía Pepita es una monjita pálida hermana de mi abuela, que entró en el convento en los primeros años del siglo. No ha visto la calle desde entonces. A pesar de todo, yo no hago los gestos delante de la tía Pepita. No quiere que le besemos las sobrinas pequeñas, dice que sólo cuando tengamos dieciocho años. Siempre está contando chistes verdes. Las demás personas mayores quieren hacerlo callar, pero él no se calla. Se ríe de mí porque dice que llevo elástica, y es la camiseta de punto de lana. Está muy ajustada al cuerpo, y las mangas me asoman por el uniforme.

LA CAJA

Tengo una caja marrón de baquelita en forma de cubo que me gusta mucho, aunque la tapadera está un poco rota por una esquina. Es ahí donde echo el azúcar, para comérmela cuando estoy en el retrete pequeño. El retrete tiene un ventanuco, no al jardín, sino a un patio con borrillos donde hay gallinas. En el retrete hace mucho frío y se queda el culo como un sorbete. El otro retrete es un poco mayor, pero ese es el de la cocinera. Suelo mezclar el azúcar con un poco de agua, y si no con saliva, y entonces se hace una pasta. Meto el dedo, lo saco lleno de azúcar y me lo chupo. El azúcar lo cojo de una azucarero de metal que tiene un abollado. No es de plata, más bien parece un metal como plomo. La cucharilla sí es de plata. Tiene un mango largo, en forma de espiral

como los sacacorchos, y termina en un remache plano con unas iniciales. También tiene un servilletero a juego. Este sí es de plata, y ahí se mete la servilleta doblada. El servilletero pesa mucho. Yo no sé lo que piensan de mí, a lo mejor es que no piensan nada. Solamente, me encuentro muy solo y echo de menos a mi hermano.

DELIRIO

La criada tuvo en gran parte la culpa de lo que pasó. Era muy noviera, el novio la visitaba en casa y se estaban a la puerta tiempo y tiempo. Era la niñera de la pequeña, y tenía un pelo largo y liso, muy negro y fuerte, como una verdadera cola de caballo. Tenía la cara muy morena y los ojos muy juntos, y un poco de bigote encima de los labios, y los dientes muy blancos. Era delgada y parecía de goma, y podía echarse hacia atrás y apoyarse en el suelo con las manos, como en el circo. Le decía a la chica que fuera a confesarse por ella, y que le dijera al cura que había besado al novio. A ella le daba vergüenza ir. Fue la criada quien le escondió las cartas. Tenía una maleta en el armario, y allí las escondía. Tenía muchas cartas guardadas, una de cada día, que recogía la cocinera en su casa y las llevaba por la mañana. Pero la chica tuvo pulmonía, y estuvo delirando y contó lo de las cartas. “¿Dónde las has puesto?, -preguntó. -Guárdalas bien, que no las vea mi madre”. Entonces la madre fue al cuarto de la niñera, que estaba durmiendo, descerrajó la maleta y encontró las cartas. Según ella misma, en aquel momento dejó de portarse como una señora. Se puso furiosa y despidió a la niñera enseguida. La chica se encontró de pronto con su intimidad patas arriba, y aún no había cumplido los catorce. Pero la madre optó por dejar que recibiera las cartas en casa. A ella no le gustaba nada encontrar las cartas en casa a la salida del colegio.

LENGUA

Bastante tenía con adaptarse a uno y otro colegio, empezando por el colegio de las monjitas de Morón, donde la enseñaron a leer, donde perdió el catón, y leyó lo de "Frasquita encontró a la tía Felisa que tenía una carta en la mano". Y la historia del hombre que había elegido emborracharse, en lugar de robar a su hermano o matar a su madre, y que terminaba matando a su madre y robando a su hermano, porque no hay peor vicio que el de beber. Y lo de "hermana Marica, mañana que es fiesta no irás tú a costura

ni yo iré a la escuela". Tenía notas de música escritas encima de la letra. "Compraremos dél, que nadie lo sepa, chochos y garbanzos para la merienda". Lo de los chochos le sonaba mal, aunque fueran altramuces. En el colegio de las monjas de Morón una niña sacaba la lengua, y ella sacaba la lengua y las dos juntaban las lenguas, no tendría más de cuatro años y le parecía muy divertido. Cuando le contó a su padre lo que había hecho, él se enfadó y dijo que era una porquería que le hubiera chupado la lengua a una niña, y que no lo volviera a hacer. Su amiga Rosita, la de la tahona, tenía los bucles rizados como la Shirley Temple. Ella creía que todas las niñas que se llamaran Rosa tenían que tener los bucles rizados, y tan bonitos como ella. En la tahona hacían ochos de pan, muy churruscados y que crujían al morderlos. Tenían talmente la forma de un ocho de pan.

EL QUE ES

Es quien lo puede todo, el que ama más que nadie y ayuda, quien da mucho y exige más, quien nos sigue aunque no lo veamos... Es quien nos arranca promesas, da el ciento por uno, infunde inquietudes que no dejan vivir. Quien hiere a los ricos, condena a los ricos, vomita a los ricos, se viste de harapos y es tan bello con los harapos. Porque sus ojos brillan como el sol. Es mísero entre los míseros, fuerte entre los fuertes, bello entre los bellos. Quien arrastra tras de sí, a través del desierto y de las montañas, y obliga a caminar sobre las aguas, obliga a hacer milagros, a derrochar milagros como si fueran piedras del camino. Es la fuerza y la belleza y la bondad. El Hombre entre los hombres, el Amado. Quien arrastra a los pobres y a las prostitutas y a las adúlteras. Quien se deja besar por las mujeres de la vida, acoge a los homosexuales, y los hace sus amigos. Quien venga a los débiles y machaca a los ricos, y hace harina con los que abusan del poder. El principio y el fin, el alfa y el omega, la vida y la muerte, el infinito y el caos. Lo abarca todo, lo tiene todo, lo afirma todo, lo sostiene todo. El hijo amado del Padre, el hijo consentido del Padre, el hijo mimado del Padre, que se derrite por Él. Es vencedor, conquistador, rey, amo. Quien doblega voluntades, enciende corazones, fortalece a los débiles y hace basura de los poderosos. Es la esperanza de los pobres, la razón de su vida, la fuerza de su brazo, el fuego de su cólera. Ese es Jesús

NOCHE

Por la noche abría una de las ventanas, se asomaba y veía los árboles, muy abajo. Estaban alumbrados con las luces verdes y rojas de las discotecas. La música se repetía allá abajo una y otra vez, haciendo aquel verano inolvidable, porque siempre que la volviera a oír la memoria le traería aquel verano. Cerraba la ventana, entraba en la oscuridad de la casa, atravesaba el comedor a oscuras y abría la puerta que daba a la terraza. Entonces era una música distinta, un ritmo trepidante, en nada parecido al primero. Distinto según el lugar a que se asomaba. Se quedaba un rato sin moverse, silencioso, fumando un último cigarrillo, acodado en la barandilla, mientras los otros ya dormían dentro. Veía arriba lucir las estrellas y a lo largo de la avenida las luces multicolores de los grandes edificios modernos con muchas plantas, y abajo en la oscuridad adivinaba la masa de árboles que contemplaba de día, frondosos y verdes, cobijando una pequeña casa ante cuya entrada se detenían los coches celulares porque era el edificio de la comisaría. Era curiosa aquella casa un tanto misteriosa, rodeada de árboles, su aspecto inofensivo aunque él sabía que no lo era tanto, que albergaba los despachos de la policía dando pie a toda clase de historias que urdir, mientras un coche rojo se detenía cerca. Un cadáver hallado entre los macizos, una intriga sórdida justo al lado de la pequeña casa donde están las oficinas de la comisaría. Un perro ladraba ahora, sentía la humedad de la noche en los brazos y entró dentro, donde los otros ya dormían.

MADRUGADA

De mañana las alcantarillas vomitaban un humo espeso. En realidad no era de mañana todavía, el cielo era de un azul oscuro no demasiado negro. Las farolas estaban encendidas aún, y su luz amarilla alumbraba el vaho de las alcantarillas. Era el calor de los orines, pensaba ella, y de los excrementos. El vapor de aguas recalentadas y el sudor de la noche, y seguía por la acera evitando la boca oscura y flaturienta, y así llegaba al parque. Por un momento le daba miedo internarse allí y subía la cuesta deprisa, los árboles eran oscuros todavía y el camino era lóbrego. Le daba miedo pasa junto a la cabaña, porque pensaba que alguien podía estar durmiendo allí dentro. Estaba abandonada en el invierno, y en el verano se llenaba de cajas con botellas de cerveza y refrescos, las mesas se llenaban de niños y de parejas amarteladas. Pero ahora era invierno, y la cabaña estaba cerrada. Parecía, al menos, cerrada. Pero quizá había

alguien atisbando por las rendijas, al otro lado de la pared de troncos. Quizá la puerta se abriría de un momento a otro, y alguien saldría sin buenas intenciones. Pero entonces ella iniciaría una conversación, de igual a igual, simulando calma. Hablaría con el hombre aquel, hambriento de compañía y de calor humano, y olvidaría que antes de amanecer tenía que estar en la oficina, firmar en la oficina, pero se trataba de una emergencia que allá tendrían que comprender.

PADRE

Mi padre no tiene simpatía a los curas, sino todo lo contrario. Nunca le han gustado. De las monjas no dice nada. Sólo me pregunta: ¿Qué tal Merlucina? O, ¿Qué tal Mermelada? Siempre me pregunta lo mismo. En cambio, con los curas es otra cosa. Yo no sé qué es lo que le habrán hecho. Desde luego nunca lo veo ir a misa, pero es que dice que va a las siete de la mañana. Dice que las monjas francesas son las únicas honradas, porque nunca le mandan cuentas grandes, y siempre le cobran lo mismo. Pero las otras son distintas, siempre están cobrando cuentas extraordinarias. Cobran cualquier cosa, el santo de la madre superiora, los disfraces de las funciones, y siempre están pidiendo dinero.

***

La fobia de su padre por los curas parecía formar parte de la naturaleza de su padre. Trataba de ahondar con sus posibilidades aquella niñez lejana, los mecanismos psicológicos que lo habían llevado hasta ahí. Tenía una pista en la muerte de un hermano de su padre, inseparables ambos, y casi de la misma edad. Parece ser que se pasó un día entero hinchando un balón a fuerza de pulmones, y de aquello murió en poco más de doce horas. El padre se lo pasó rezando ante el sagrario, mientras el hermano moría. Se dijo que a partir de entonces su padre no había pisado la iglesia. En realidad no sería difícil hablar con su padre, preguntarle los motivos y ahondar en ellos. Lo ve condicionado a su aversión por lo religioso, en una suerte de obsesión de que no se librará mientras viva.

CASCARILLA

Cuando jugábamos al escondite tú eras cascarilla, quiere decir que lo tuyo no valía. Eras demasiado pequeña. Corríamos hacia el picadero,

donde herraban a las caballerías. Nos acercábamos con miedo a que nos dieran una coz. Tenían la pata alzada y doblada hacia atrás, y un hombre golpeaba su pie, y les clavaba unas herraduras nuevas y brillantes. Había muchas moscas verdes. Resbalando en las piedras y evitando pisar los mojones salíamos al jardincillo ralo, pero era difícil esconderse entre los matojos. Podías romperte el vestido con los alambres de espinos. Otras tiraban por la calle San Carlos y se escondían en un zaguán. Otras llegaban a la Alameda aunque no valía, porque cualquiera encontraba a alguien en la Alameda. Estaba la parte alta con el estanque de los peces gordos y colorados, luego la casilla del guarda donde metían presos a los niños malos, luego el paseo de los ingleses sobre el tajo. Había quien se escondía en los macizos de cupresos, y mientras aguardaba estaba arrancando las bolas rugosas. Era imposible encontrar a nadie en los macizos de cupresos. Pero además estaba la parte baja con la fuente, y el quiosco de las gaseosas. Al extremo había otro quiosco de azulejos. Dentro había libros, aunque no muchos, y viejos en los bancos leyendo los libros. El Tajo estaba al otro lado de los pilares de granito con bolas encima. Mirabas desde el balconcillo hacia abajo, y veíamos las sierras lejanas y más abajo los terrenos de colores, y las casas pequeñas, y el río y las presas con sus espumas, y mientras nos estaban buscando por todos lados, y no nos encontraban.

LA CAPITAL

ELLA lo recibía en la estación cuando él llegaba la capital. Tomaba un baño en su casa, y cuando abría el grifo el agua caliente salía turbia, color de tierra. Un día ELLA entró en el cuarto de baño, mientras él se bañaba. La casa estaba en un barrio elegante, en una calle con bulevar, y en la fachada había una gran lápida conmemorativa dedicada a dos hermanos escritores. Había un pasillo largo y al fondo el comedor, con ventanas al jardín de unas monjas, con árboles y hiedra remontando las paredes. Tenían cuentos bonitos en la casa, de Pepinillo y Garbancito o los Cuentos de hadas noruegos, y cuando era niño siempre le regalaban alguno. Le resultaba excitante montar en autobús en la ciudad, con aquellos amigos que tenían un amigo puertorriqueño, que llevaba los billetes hechos una bola en el bolsillo. Las chicas eran finas y guapas, eran de la buena sociedad. La mayor se casó luego, y ELLA se marchó con el Opus Dei. A ésta tuvieron que hacerle un gran equipo con trajes de noche, porque se iba a México y allí tenía que alternar. El chico mayor estudiaba médico y además tiraba al arco: le tomó el pulso, que estaba acelerado, y dijo que

eso era natural. Había una nevera grande, donde guardaban juntas preparaciones de laboratorio y alimentos de la cocina. La nevera hacía mucho ruido en aquel entresuelo, de una casa elegante de un barrio chic.

FIELTRO

Tenía los ojos grandes y miraba a todos lados, con una mirada interrogante, como si estuviera asombrada de estar en el mundo, como si a cada paso descubriera el mundo alrededor. Iba a ser el día de la madre, y la maestra les encargó que trajeran fieltros de colores. Tenían que recortar hojas y pétalos, y formar un ramo sobre un trozo cuadrado de fieltro. Para ello les hizo unos patrones en cartón. La niña no sabía escribir, no sabía geografía ni cuentas, cogió el trozo de fieltro y empezó a recortar redondelitos, cada vez más pequeños. A cada paso levantaba la vista, pero no se movía de su asiento, en la última fila. La maestra vio su mesa cuajada de diminutos redondeles de todo los colores, la niña estaba enfrascada en su tarea y cada vez cortaba más. Algunos eran más pequeños que una lenteja francesilla.

De pronto parecía haber nacido una estrella en su frente de niña tonta, sus dedos menudos agarraban las tijeras con pericia, y recortaban los pequeños trozos que caían en la mesa como un confetti de ángeles. Cuando terminó de cortar la niña la miró. Estaba tan orgullosa de su obra como Dios el día en que terminó la creación. Juntaron aquello con mucha paciencia. La niña se mordía la puntita de la lengua y estaba tan contenta que la risa le retozaba. Hasta le había cambiado la cara. Cuando todo el mundo terminó su ramo, el suyo era el más bonito: había redondeles pequeños de todos los colores del iris, y formaban racimos como las uvas en otoño... Estaba muy contenta de poder regalar aquello a su mamá. Seguramente, también la mamá se puso muy contenta.

UN ESPÍRITU

Me ha parecido que te alejabas, y he pensado que tiene que ser así, que no puedes estar llevando siempre de la mano a esta criatura que dejaste inmersa en sus fantasías gigantes, y ese alejarte me dice que ya puedo quedarme sola, que mis pasos no son tan vacilantes como fueron, y que al fin podrás descansar, ocupar el lugar que te correspondía por derecho, que ganaste a fuerza de angustias y terrores, y noches

dantescas, y al que renunciaste por venir a ayudarme. A mí, este vástago de tu rama que había nacido distinto a los demás, con una añoranza de estrellas en los ojos y en el corazón.

***

Fue su ángel durante el tiempo de su niñez espiritual, lo guió con unas palabras tan quedas que sólo él percibía, que ocultaba celosamente para no despertar en otros el estupor, él lo sujetaba fuertemente, lo sostenía en cada recodo del camino y sonreía siempre, le contagiaba su confianza y su fuerza de otro mundo y él avanzaba, despacio primero y con cuidado de no tropezar, adquiriendo seguridad luego, iba soltando su mano sin que él mismo lo advirtiera, se iba alejando sin ruido para que no se apercibiera, y entonces le pareció que se esfumaba en el éter, y pensó que tenía que ser así, que no podía estar siempre llevando de la mano a esa criatura que, de todas formas, no quería perderlo definitivamente, no quería que se fuera del todo aunque estuviera oculto, porque quería saber que estaba todavía ahí, vigilante, para acudir cuando su voz lo llamara, y sacarlo otra vez de su angustia.

AMIGOS

A veces, todavía, acudes a mis sueños. ¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? Ambos teníamos trece años, mis padres trataban de conseguir que yo volviera a vivir con ellos, creyendo superadas las crisis de asma que siempre me habían agobiado. Era el primer día de curso, y asistí a un colegio que no conocía. Era un colegio distinguido, donde llevaban a todos los chicos de mi casa. Quiero recordarte como eras entonces, y sólo recuerdo tu pelo trigueño, tu porte erguido y unos ojos de color de uva. Desde un primer momento me hablaste, y creo que mi amistad empezó aquel día, allí, en la parada del autobús. El colegio estaba en las afueras y era un edificio blanco y nuevo. Estaba situado sobre una colina, dominando el barrio de chalés y jardines. El camino hasta allí era largo, y el autobús hacía muchas paradas, siempre entre bonitas casas y jardines que bordeaban el mar. El autobús se detenía a la puerta del colegio, entrábamos a través de un jardín, subíamos unas escalerillas bifurcadas hasta un gran vestíbulo que conducía a las clases. Las clases ocupaban las plantas más bajas, y los dormitorios estaban arriba. Más arriba, una azotea ocupaba toda la extensión del edificio. No teníamos capilla, y en su lugar se habían habilitado varias aulas juntas con bancos de madera clara. Junto a una de las puertas habían situado un armonio, y desde allí cantábamos los que éramos del coro. Creo que fui del coro

desde un primer momento, tú también lo eras. Nuestras voces eran muy distintas. La mía era alta, de tenor, y la tuya mucho más grave y cálida. El director era un hombre grande y solemne, que padecía de asma como yo. Muchas veces, después de una noche de crisis, él me preguntaba cómo había pasado la noche y mis crisis solían coincidir con las suyas.

LA CASA VIEJA

La casa está junto al picadero de la plaza de toros. Tiene un piso bajo y otro alto: en el bajo hay cierros sobre las aceras. En un patio al fondo de la casa, después de la cocina, guardan el agua en una bañera de patas. Más al fondo, por las escaleras estrechas se sube al granero que tiene una ventana sobre el picadero de la plaza. En un ángulo, varias tablas sujetan el carbón para que no se derrame. Está la bicicleta del tío. El tío, que es un muchacho, me ha tendido un columpio de sogas entre las vigas del granero. También ha colgado anillas de las vigas. Tengo paperas, mi hermana ha cogido una patata de Dios sabe dónde y me la ha tirado en plena cara.

En la cocina preparan el brasero de picón de orujo. Mi hermana cayó en el brasero, andando de espaldas, y se le ha quemado el culito. Le durará la cicatriz. Cuando seamos mayores querré que me se enseñe aquella parte, para comprobar si queda algo de la cicatriz, pero en vano. La cicatriz es una mancha rosada y suave.

La costurera está cosiendo en el tubo, una habitación alargada junto al patio principal. Ahí las muchachas comen pipas de melón. Una de ellas ha soltado un pedo largo, largo, que parece no va terminarse nunca. Hay ratoneras puestas por la casa: son de madera con un agujero redondo, y unos alambres con un pincho. Allí se pone un trozo de queso. El ratón muerde el queso y el cepo se cierre y lo atrapa por el cuello.

En el despachito que da a la plaza hay un armario grande, y dentro una caja con el mecano del tío. Tiene unas barras planas de metal, pintadas en rojo y azul, con agujeros. Por los agujeros entran los tornillos. También hay ruedas, y él sabe armarlas de muchas formas. Hace una grúa que se mueve con manivelas, pero se enfada mucho si le toco el mecano. También en ese armario tiene guardados los patines con ruedas de hierro.

TOCADOR

Vienen en tubos pequeños, y escrito en ellos: "abéñula verde", o "abéñula azul". Mi madre se los da en los párpados, y se le ponen verdosos o azules, según. Hay otro de abéñula blanca, que no tiene color; nada más que brillo, y es para cuando tiene los ojos malos. Todos son de la marca Dermosa Cusí.

Mi madre usa polvos rosados que se da con la borla suave de plumas de cisne; unos coloretes compactos que se llaman "Un rubor" los da con una borla más pequeña, de paño. La borla está teñida del color del colorete, aunque un poco más gris por el sudor.

En cambio no se da cremas, y eso que dice que tiene el cutis seco. Me gusta que no se las dé, porque así no me unto cuando la beso. Cuando la beso, sus mejillas son suaves y huelen a colorete "un rubor".

Usa rímel para las pestañas, y es una pastilla negra y alargada que viene en una cajita de cartón. Trae un espejo en la tapa, y un cepillito que ella humedece con saliva. Usa un aparato curvado, con dos gomas que se agarran a las pestañas y las dejan rizadas. También tiene pinzas para arrancarse los pelillos de las cejas, hasta dejárselas muy finas.

Tiene la piel blanca y delicada, y nunca toma el sol porque a mi padre le gusta como es. Usa faldas estrechas, porque es pequeña de estatura. Me parezco a ella en la frente y en las cejas, y un poco en todo lo demás. Solamente, yo seré más alta porque tengo los pies grandes.

Mi madre se parece a su padre, el que me mira con el ceño fruncido desde su pintura en la pared. Mi madre tiene un pie tan pequeño que siempre encuentra zapatos en rebajas. Parecen los pies de una niña, si no hubiera tenido juanetes, y callos en algunos dedos. Va siempre arreglada, con los pendiente de brillantes y una sortija, y con el pelo muy bien amoldado, con reflejos de peluquería.

Lleva siempre tacones para no parecer tan pequeña. Usa unos peinadores muy bonitos de seda, y los deja colgados detrás de la puerta del cuarto de baño. (Seguramente le viene la costumbre del colegio de monjas).

DISTRITO UNIVERSIDAD

Él estaba un poco emocionado aquel día, aunque luego no recordara nada de la casa, ni siquiera el número. Le había contado ELLA que estuvo a punto de nacer en el ascensor. Ella había ido aquella tarde al cine, a ver "Los crímenes del museo de cera", y pasó mucho miedo. Estaba en el cine cuando sintió los dolores del parto. La abuela la acompañaba, y también el marido, se salieron del cine y al llegar al ascensor el niño se escurría. Era un niño muy delgado, aunque pronto se puso muy hermoso. Tenía una foto que le hicieron con una semana escasa, era una pequeña cosa espantosa y su madre lo tenía en brazos y lo miraba. Lo bautizaron en una iglesia cercana, pero los documentos de su bautizo fueron destruidos cuando la guerra. Después, sus padres estuvieron allí pocos meses.

Había nacido en el distrito de la Universidad. Desde siempre, sus padres le dijeron con orgullo: "Naciste en el distrito de la Universidad". Su madre era muy joven entonces, no había cumplido los veinte años. La casa estaba en una calle recta y no muy ancha, y no hacía mucho tiempo que su madre quiso ir a verla con él. La casa era modesta, con varios pisos, y la madre le dijo que quizás algún día pusieran una lápida allí.

CASCADA

La cascada no parecía artificial, caía el agua desde arriba hasta un hoyo de rocas profundo, y había un pasaje con bancos al que se entraba por una puertecilla de metal, que estaba siempre cerrada. Se podía subir encima de la gruta, por una escalera hecha con la misma piedra formando escalones, bordeados de alambres de pinchos. Empezabas a subir fácilmente entre árboles y unas plantas muy lindas, luego la escalera se empinaba y era difícil para las personas mayores, pero no para nosotros. Arriba había una explanada y piedras que servían de asiento, y un olor tan malo que había que taparse las narices, y andar con cuidado de no pisar alguna plasta. Pero te asomabas desde arriba, siempre con miedo de caer, y veías la cascada vertiéndose en el hoyo con piedras donde formaba una pequeña laguna, y al otro lado el estanque con peces gordos y colorados, y el color del agua era de un verde oscuro. Había algunos patos y estaba la barca del Catarro con banderitas, y dentro el Catarro que era el buzo que sacaba los ahogados en el río. Paseaba a los niños en su barca, les cobraba el paseo, y luego sacaba del río a los ahogados, porque tenía

tiempo para las dos cosas, y además no había tantos ahogados en el río. Sólo unos cuantos, entre el invierno y el verano, por eso tenía tiempo de pasear a los niños en la barca y cobrarles la entrada. En los bordes del estanque había también piedras con aristas, donde se amarraba la barca, y desde donde se subían los chicos. Había arroyuelos medios secos por donde desaguaba el estanque, y los novios se sacaban fotos junto a la gruta de la cascada. El riachuelo tenía un puentecillo de troncos, en lo que llamaban los Países Bajos.

ANGUSTIA

Fue una de las últimas veces en que nos vimos con calma; luego tú te marchaste a la Academia, y nuestras vidas se separaron. Estábamos en tu casa; como era verano, las sillas y los muebles estaban cubiertos con lienzos crudos. Recuerdo que estabas fumando. Hablamos del caso, había corrido como la pólvora, de un compañero nuestro que se había suicidado. Me contaste el caso de un pariente tuyo, que había amenazado varias veces con hacerlo. Luego pasamos a hablar del tema de los homosexuales, no sé por qué. No me gustaba el tema, me inquietaba en extremo (hoy día es algo que tengo superado). Me preguntaste algunas cosas, y te confesé que no las sabía. Nos sentamos ambos en un gran sofá, cubierto en su totalidad con un lienzo. Allí me hablaste de tu vocación castrense, de que quería ser militar. Mientras, observabas en humo que flotaba en la habitación. Tenías un temperamento apasionado y ahora, después de tanto tiempo, me inquieta considerar qué pensamientos pasaban por tu mente, después de todo lo que ha sucedido. De algo estoy seguro, sigues acordándote de ella (aunque no me consta, supongo que se ha casado y tiene una familia), pero dudo que hayas podido olvidarla. Estoy casi seguro de que ella ha sido tu único amor. Me da pena de ti, lo confieso: ahora solo, luchando por mantener una dignidad que olvidaste por un tiempo. Quiero imaginarme tu actual forma de vida y veo sacrificio, pocas compensaciones, mientras todos tus hermanos se han casado, tus sobrinos crecen, y tú, hombre apasionado, te encuentras con una vida vacía de pasión. Créeme, pienso en ti muchas veces, y nunca sin angustia. A veces siento impulsos de que volvamos a hablar como en aquellos lejanos tiempos, de recuperar del todo nuestra antigua amistad, pero pienso de nuestros caminos se apartaron hace tanto tiempo y que hoy no es posible encontrarse ya.

GALLARTA

Como tenía asma pasó los veinte días en la enfermería. El preventorio era un edificio grande encima del monte, rodeado de otros montes parecidos, todos grisáceos, con tajos negros de minas, de donde se sacaba al carbón. La tierra estaba seca y amarilla, surcada por las feas cortadura denegridas. Era un paisaje desolado. A menudo el cielo era plomizo, con grandes nubes que avanzaban despacio. El edificio era casi suntuoso: tenía grandes vestíbulos con murales, y un gran comedor, y en los sótanos había enormes lavadoras mecánicas, con unas tapas como ojos de cristal. También había armarios secadores, con cuerdas para tender la ropa, y rulos eléctricos para planchar los cientos de sábanas. Dormían en el primer piso, en una nave con literas donde cabían ochenta muchachos. Había casilleros en la pared, uno para cada uno, que se mantenían abiertos durante la revisión. La primera noche la pasó con los otros en aquel dormitorio; ocupaba una litera baja, y cada vez que se movía al compañero le caían las pajas del colchón. Fuera por eso, o porque estaban tantos durmiendo en la misma habitación, ya el primer día sufrió un ataque de asma. De modo que lo enviaron a dormir solo en la enfermería.

Desfilaban cantando, letras patrióticas, pero los muchachos vascos se negaban a cantar y a desfilar. Y no respondían por sus nombres traducidos al castellano, ni querían entonar las *montañas nevadas*. Tenían clase de política y religión, pero él solía zafarse de todas y se quedaba en la enfermería. La religión la daban en el campo, sentados con el cura debajo de los árboles. Luego les enseñaban que el hombre es portador de valores eternos, y allí empezaban las complicaciones con los vascos. El pueblo estaba al pie del preventorio, muy abajo, y había que subir luego una cuesta donde él se asfixiaba. Los días de fiesta se llegaba a la ciudad, en un tren de cercanías. Todas las poblaciones de la comarca eran mineras. Un día habían caminado a campo través, cruzaron laderas peladas dejando a un lado los tajos oscuros, pasaron caseríos y al final subieron a un monte, siempre a campo través.

DESVÁN

La habitación del desván era un cuarto misterioso, empezando porque había que rebuscar la llave escondida en el cajón de Jesusa, la cocinera. Cuando había encontrado la llave del candado negro subía de puntillas la escalera del desván, oía a la tía en el comedor y al abuelo escuchando la

radio, la gata se escabullía en el pasillo y él entornaba la puerta desde dentro, para que así nadie supiera que estaba en el desván. Subía y dejaba un lado tanto chisme conocido, cajones de madera y sillas rotas con olor a orines de gato. La puerta estaba al fondo, metía la llave en el candado y tenía que esforzarse, porque la cerradura estaba oxidada y costaba hacerla girar. En la semipenumbra del anochecer se encontraba en una habitación alargada con ventanas. Estaba allí la sillería negra con flores talladas, con la tela pasada de su tapicería color granate. Las orlas universitarias donde estaban retratados su abuelo, sus dos bisabuelos y otros graves señores con barba. Había marcos dorados donde se había saltado la escayola, y un montón de frascos polvorientos en las repisas. Y en una caja de cartón, varias bolas de billar. El marfil estaba cuarteado y oscuro, le parecía que tenían que valer muchísimo, les pasaba la yema del dedo y eran suaves y estaban frías. Tenían grietas y pequeños agujeros. Siempre había cristales rotos, que habían guardado por si acaso. Las ventanas daban sobre tejados oscuros de casas ignoradas, y a un lado el cajón con las figuras de nacimiento descabezadas, con restos de serrín y de musgo del año pasado. El cable enredado, y pendiendo como frutos las bombillas pintadas de rojo y azul. Y todo oliendo orines de gato.

POLÍTICAS

Se considera cristiano, y piensa que el socialismo ha cogido la antorcha del cristianismo, ahogada por tantos siglos de púrpura y aberración. Algo así como un aldabonazo a las conciencias, la doctrina de un crucificado hecha carne por los hombres, no por los clérigos. Se tomaba el trabajo de coger el evangelio y subrayar lo importante, que daba como resultado la doctrina del socialismo. Le asombraba la forma en que la sociedad cristiana constituida había olvidado las máximas evangélicas, referidas al dinero y a la propiedad. Alarde de escrúpulos morales y religiosos, y vida contrapuesta a las doctrinas de Jesús. Qué ceguera, pensaba. Porque había podido constatar también que algunos no mentían, o es que se habían mentido tan profundamente a sí mismos que mostraban inocencia ante la realidad. Tampoco apreciaba los regímenes totalitarios de izquierdas, porque valoraba la libertad sobre todas las cosas. Creía que el bien de muchos debe anteponerse al de unos pocos, pero nunca hubiera consentido en perder su libertad.

¿Qué esperanzas abrigaba? Muy pocas. En el fondo creía que el mundo no tenía remedio, porque las pocas inteligencias claras tropezarían siempre con un cúmulo de dificultades, y las teorías se quedarían en eso.

Es demasiado débil el hombre, se decía, y con tendencia a la perversión, para que un paraíso de cualquier signo pudiera darse en la tierra. Como si Jesús hubiera predicado a la desesperada, "como la voz que clama en el desierto". La voz cayendo entre piedras o en terreno baldío, y aún así dando la vida por un ideal de hermandad entre los hombres.

Había confiado en algunos dirigentes del pueblo. Pero pensaba, en el fondo, que si no falla la buena voluntad puede fallar la capacidad de cada cual. Y en que la vanidad causa estragos. Es el hombre demasiado débil para hacer cara a las insinuaciones de la riqueza o del poder. No obstante, pensaba, hay que seguir en la brecha. Sabía que sus teorías, hoy quizás en vigor, dejarían con el tiempo de tenerlo, se desharían como el humo por la fuerza de las circunstancias.

ÉL

Verlo entrar y salir todos los días, oír la llave en la cerradura y sus pasos, llegar a su lado y besarlo, oír un comentario suyo amable, siempre se interesa por sus estudios. Es para ÉL un motivo de orgullo cuando los resultados han sido buenos, aunque sepa que no han sido tan buenos. Y está a salvo porque ÉL no verá el boletín, el boletín de notas con pastas naranja forradas de azul marino y una etiqueta blanca con su nombre, donde van las notas de cada semana por asignaturas, con la media de las distintas notas y la calificación de la conducta, menciones donde se dice si han recibido la cruz de oro o la de plata o la de bronce, y donde se especifican las faltas de asistencia a clase. Su firma es demasiado preciada para esto, y ÉL no va a dilapidarla en nimiedades.

Por eso ÉL no firmará el boletín, y sí su tía con letra picuda. Y no sabrá nunca si el billete que ha obtenido esta semana es de color azul (y nunca suele ser de color azul; quizá sólo una vez al año, durante el retiro espiritual), porque éste se lo dan a los alumnos de mejor conducta del colegio. El suyo es amarillo, o naranja, el de los alumnos corrientes, ni malos ni buenos. Porque el verde lo tienen los peores, los alumnos rebeldes y díscolos que contravienen el reglamento, que contestan con grosería al profesor, y tampoco él es de esos. Sólo una vez estuvo a punto de tenerlo, cuando en la clase de pequeños hizo un Amadeo doblando la hoja del cuaderno, en cada doblez había el nombre de una chica y por detrás el de un muchacho. El director le llamó a su despacho y le dijo que tendría que firmarlo, para que se lo mandaran a ÉL. Luego no lo hicieron, no pasó de ser una amenaza, ÉL era demasiado importante para que hubieran osado inmiscuirlo. Pero pasó un mal rato, debe confesarlo.

Muchas veces después se preguntó si era tan grave el haber escrito aquellos nombres, junto con frases a todas luces inocentes, para que lo hubieran amenazado con enviarle a ÉL el Amadeo firmado. No se ha parado a pensar qué hubiera sucedido entonces, si ÉL lo habría reprendido por eso, pero se inclina a creer que estaba tan ocupado con sus cosas que no hubiera prestado mucha atención.

PREÑEZ

Ella dijo: no sé cómo ha podido ser. Y aunque resultara difícil creerlo, quizá dijera la verdad. Era como un pequeño animal, un ser primitivo, fiel y alegre. Ella no lo sabía, pero el hijo había anidado en su vientre. Hacía tiempo que se quejaba: no me baja la regla, tendré que ir al médico. Lo cierto es que no le hacían mucho caso. Las otras chicas comentaban, aunque nadie se había imaginado la verdad. Se ha mareado en la iglesia, ha tenido que salirse, no le baja el periodo. Se acostaba a las tantas planchando los picos de felpa, los faldones y las camisetas para la niña recién nacida de los señores. La llamaba joya, corona, perla, y le daba unos besos muy fuertes. La señora la reprendía por acostarse tarde, y también porque no madrugaba por las mañanas. ¿Qué quiere que haga tan temprano, pasar frío? Tenía las manos rojas de tantos inviernos de campo, y las mejillas coloradas. En verano salía los domingos con muchachos, las compañeras habían visto la moto en la cuneta, pero no a ella ni a su pareja de turno. Pero su amor era Maurín: aunque tuviera las manos ocupadas en la casa, nunca dejaba de pensar en él. Si se pasaba tiempo sin verlo, parecía una sonámbula durante la semana. Tendría que ir al médico, no me baja la regla. Aguarda a que venga a tu madre. Y su madre vino. Hija, no me pondrás la cara en vergüenza. Ella la miró, ofendida. Por Dios, madre. Y a la vuelta del médico la madre estaba roja, y ella más pálida que de costumbre. Estaba embarazada de seis meses. Se marchó al pueblo, ya no la volvieron a ver. Supieron que se había casado con Maurín, antes de que el hijo naciera. Se trasladaron a una granja, y allí se llenó de hijos de Maurín. Por fortuna él cumplió, pero la señora se preguntaba alguna vez qué pasaría los domingos en la carretera. Aquel día cogió sus pobres ropas y las guardó en la maleta, y se marchó al pueblo con su madre. Cuando salió de la casa, iba llorando.

RECUERDA

Estábamos en la misma clase, ya que teníamos la misma edad (tú eras unos meses mayor). Permanecíamos en el aula del estudio, común a todos los medianos, o a los pequeños, o los mayores. Desde allí nos llamaban para acudir a las diversas clases. Había allí una disciplina muy rigurosa: se caminaba siempre en filas, y nadie podía bajo ningún concepto andar solo por el colegio. Solamente los aspirantes podían hacerlo (los distinguía una cinta azul pálido con medalla). Los congregantes, además, podían acompañar a otro, y su cinta eran más ancha. Siempre recuerdo tu sonrisa. Hablabas en voz baja, y a mí me corregías porque yo, como sigo haciéndolo, solía alzar el tono de voz. Quizá por mi carácter abierto, pronto hice amistad con todos los del curso. Asistíamos en régimen de media pensión, aunque había internos y también externos, generalmente chicos que vivían en los alrededores.

En realidad, creo que fue a principios de verano cuando aquello cristalizó. Yo había hecho un viaje y le traje un prendedor. Fue aquel verano cuando todo empezó a trastocarse. Ya por entonces yo silbaba al pasar por vuestra casa. Trataba de verla, pero las persianas estaban cerradas. Fue entonces también cuando visité vuestra finca, no sé si por primera vez. Tú no estabas, y ella me recibió. Estaba con una amiga. Era una chica con un hermoso pelo, largo hasta la cintura, una de las melenas más hermosas que he visto. Era guapa de cara, pero recuerdo su nariz demasiado larga. Ella estaba en nuestro secreto, y nos daba bromas. Tu hermana llevaba pantalones de montar y una fusta en la mano. Como todos los veranos, yo tenía que ausentarme. A ella no pareció gustarle la idea, y hasta creo que me lo dijo. (¿Me habrá olvidado del todo ahora?) Yo la quise, la quise con toda mi alma, verdaderamente fue a ella a quien quise, ahora me doy cuenta de que es a ella a quien he querido. Lo que sucedió en mi viaje no tiene que ver con nosotros, aunque cambia el rumbo de nuestras vidas. Pero no quiero hablar de ello contigo, tiene poco que ver con nosotros.

AGUJAS

Era joven cuando empezó con aquello: todos sus hermanos y hermanas habían muerto de lo mismo, y ahora le había llegado la vez. Hablaba por teléfono y se quejaba de la fisura antigua, que le picaba y le dolía. Él le decía que también había tenido una, que se daba toda clase de emplastes y le seguía picando y doliendo. Se lo decía, en parte porque era

verdad, y en parte para consolarla. Tanto es así, le decía, que he llegado a untarme pasta de los dientes y tinte para los zapatos. Pero claro, aunque no lo pareciera lo de ella no era lo mismo, aquello iba de mal en peor. Hasta que se percataron de lo que sucedía, y empezó la peregrinación.

Tuvo que ir a una clínica, y luego a otra y a otra, y así recorrió todas las clínicas y en todas la ponían en decúbito supino, con el culo en pompa como ella decía, y se había acostumbrado a enseñárselo todo el mundo, vaya por Dios. Llevaba todo con paciencia, menos las comidas, pues decía que le daban muy mal de comer.

Pronto no bastaron las clínicas de la ciudad; tuvo que marchar a la capital, donde le introdujeron en semejante sitio unas agujas huecas rellenas con radio. No podía sentarse siquiera, pues aquello la pinchaba y la quemaba, y hubo que hacerle un asiento especial con un agujero redondo en el centro. Y ni aún así. Había pasado ya los sesenta, y una medicina que le dieron hizo que le volviera la regla. Menos mal que está viuda, decían las criadas. Era una medicina que hacía crecer los pechos de los hombres, tal como si hubieran sido mujeres.

PADRINO

Lo quería mucho, era su padrino y era aquello una cosa extraordinaria. También tenía su madrina, pero a veces tenía que hacer esfuerzos para recordarla, para entresacarla de todas sus tías por parte de padre y de madre. Pero no hubiera dudado nunca si le hubieran preguntado quién era su padrino. Él la quería también, era su ahijada, y eso era también algo muy especial. Y máxime porque él estaba solo, y estaba ufano con su ahijada. Tan sólo le reprochaba su desorden, él era el orden en persona. Aunque no sabe de qué le sirvió. Entonces era distinto, no había amargura, más que luces radiantes en el jardín. Él estaba orgulloso de todo lo que ella hacía. Decía con gran complacencia, medio en broma y medio en serio, que todo se lo había transmitido en la pila de bautismo. Le contaba sus cosas, como si aquella mocosa hubiera sido una persona mayor. Aunque quizá no lo contara todo, quizá había cosas que ni siquiera se contaba a sí mismo, cosas hundidas en el fondo de su mente, y que minaban su fortaleza. O es que su fortaleza estaba minada de siempre, por un destino fatal. Permanecían de noche en el gran comedor, cuando todos se habían acostado, y él contaba sus cosas, lo que había sucedido en el día, a quién había visto, lo que pensaba de las chicas, de sus cualidades y sus defectos. O si había jugado al tenis con éste o con aquél, o si había bailado con ésta o con la otra. Mientras, el reloj del comedor encerrado en

la caja alargada seguía marcando las horas. La radio estaba apagada en la casa silenciosa, el espejo sobre la chimenea devolvía sus imágenes, él sentado en su silla y ella de rodillas en la suya, apoyando los codos en la mesa. Bajo la luz de los cinco brazos de la lámpara de bronce, con tulipas de cristal tallado. Y tras el radiador los ratoncillos no se atrevían a salir todavía, ni a recorrer el comedor, ahora que estas dos personas estaban todavía charlando, con la luz encendida, y la cocinera se asomaba en camisón, con un abrigo negro encima, y decía que ya estaba bien y que se acostaran, que había que madrugar al día siguiente. Que iban a estar molidos, que por la noche se madruga bien, pero luego por la mañana...

LA FINCA

Los comienzos de su vida fueron difíciles. Su padre había sido cirujano, sin título de médico, como era habitual entonces. Eran vecinos de un pueblo en la provincia de Burgos, y su casa era la única construida en ladrillos. Todas las demás eran de adobes. Quedó huérfano de muy niño, y tuvo que pasar por diversos oficios en la capital. Fue aprendiz de platero, y en la platería se ocupaba de barrer y otros menesteres parecidos. Luego ingresó en el Seminario. Hizo allí sus primeros estudios, y dominó el latín y la filosofía. Más tarde lo abandonó por la carrera de medicina, y al mismo tiempo se ayudaba con su trabajo. Pronto se hizo notar por su inteligencia despierta, y por un especial ojo clínico que lo hacía sobresalir entre los otros estudiantes.

Empezó a publicar trabajos, hizo el doctorado y consiguió una cátedra en la Facultad, y más tarde llegó a ser rector. Aún se conserva un discurso pronunciado con motivo de la apertura de curso, en el primer año de su cátedra. Todos admiraban en él, además de sus conocimientos médicos, su dominio de la filosofía. En política era liberal, y fue nombrado rector varias veces. Luego, cuando subían al poder sus adversarios políticos, él era relevado de su puesto. Tenía un carácter sumamente rígido, y fama de serlo. No sólo imponía disciplina entre los alumnos sino entre los mismos profesores, y aquello no le granjeaba simpatías. Nadie osaba abandonar sus clases. Era un médico notable y tenía una importante clientela, lo que le rindió buenas ganancias. Otros las invertían en edificios de la capital, pero toda su aspiración se centraba en engrandecer la finca que compró cerca de su pueblo.

Ya muerto él, y muerto su hijo, la familia vendió la finca. Se habían construido las casas en torno a una plazoleta: la casa de los molineros, la de los hortelanos, y todas ellas seguían en pie. Solamente se habían

perdido, tiempo atrás, las tenadas en donde antaño se resguardaban las ovejas. También estaban muy deterioradas las viviendas de los pastores, del lado del río. Últimamente, los más jóvenes habían tratado de instalar allí unas duchas, o algo por el estilo. En cuanto a las tenadas estaban casi completamente derruidas, reducidas algunas a poco más que los cimientos. Los niños acostumbraban a correr por allí, entre matojos secos y escombros de adobes.

PATIO

Aparecía en el recreo la monja pequeña que tenía ya tantos años, nadie sabía cuántos, con su cara redonda como un garbanzo sonrosado. Llevaba en una mano la campana metálica, con un grueso mango basculante de madera, y un badajo de bola. La agitaba, movía la cabeza al mismo tiempo hacia arriba y abajo, como si afirmara. Íbamos acudiendo con desgana, se esfumaban los corros, y pronto estábamos frente a la ancha acera, cubierta en parte de una fina arenilla que venía del patio. En la extensión terrosa habíamos jugado al marro bruto, a civiles y ladrones, o paseábamos en parejas. Todo cerca del invernadero o del jardín de las monjas, separado del patio por un alto seto de laurel.

Los cuartos de baño tenían bañeras muy antiguas, la hermana de la portería entraba en el estudio los sábados por la tarde con una pizarra en la mano, y nos iba llamando por orden de números. Eran unos cuartos destartalados y fríos, con ventanas altas al patio de recreo, y cuando llegábamos ya habían soltado el grifo de la bañera, y el agua humeaba. Dejábamos el albornoz colgado de la puerta. Se estaba bien metida en el agua que nos quemaba el cuerpo, pero ay de quien sacara un brazo o una pierna. No había ducha, nos aclarábamos con el mismo agua y ahora había que saltar afuera, alcanzar el albornoz que estaba colgado de la puerta.

BENIDORM

Inolvidables días aquellos que pasó sumergido en su relato, entre mundos que había inventado, o revivido, y que se disponía a ordenar convenientemente, a terminar de copiar a limpio y enviar al concurso más cercano en el tiempo. Tenía todo el tiempo para él. Por la mañana los otros se iban a la playa, y él se quedaba en casa, dispuesto a afrontar las horas

de calor pegajoso. Sólo los veía a la hora de comer. Era una casa de verano, con pocos muebles y adornos, y por fortuna la lámpara del comedor podía graduarse, más alta o más baja, haciéndola resbalar por su cadena dorada. En el cuarto de baño encontraron los frascos de bronceadores preparados por sus anfitriones, y loción para después del afeitado, e incluso un tubo nuevo de pasta de dientes. El agua de la cisterna caía azulada, giraba y se sumía en la oscuridad. Le gustaba tirar de la cadena y ver cómo el agua era azul. Luego pasaba allí las horas, solo y sin ir a la playa, tomando el ascensor para bajar al comedor y tomándolo otra vez para subir. Porque en la pequeña cocina apenas entraba, sólo para tomar el desayuno, café y tostadas con mermelada de naranja o de limón, y luego durante el día más café con trozos del plum-cake que compraba en el supermercado, que guardaba celosamente para él solo, porque era un revulsivo para la fantasía. Se sentaba en la mesa grande y redonda donde había situado la máquina, una máquina grande y panzuda porque todavía no le habían regalado la portátil. Tenía enfrente una terraza con una hermosa vista. Era tan hermosa y tan cosmopolita que se empeñó en sacar una panorámica en color, y para ello fue tomando trozos del paisaje, teniendo como referencia la arista del edificio o un tejado, o un grupo de árboles, siempre apoyado en la barandilla de metal.

Adelantó unas pocas páginas del libro, ya casi terminado. Al día siguiente ellos se marcharían dejándolo allí, tomando café con trozos de plum-cake y a una hora convenida que podían ser las dos y media coger el ascensor para bajar, atravesar unas cuantas calles entre edificios en construcción, otros abandonados a causa de la crisis turística que se atravesaba, y que les había llevado a aquel apartamento en un piso alto del edificio aislado. En el hotel, quizá aguardaran ellos, ante la alborozada perspectiva de los cuatro tenedores.

TAPONES

Él se tapaba los oídos. Había entrado en la farmacia, un poco temeroso, pensando en que sonaría un poco raro cuando él pidiera algo para taparse los oídos. Pero, ante su asombro, el farmacéutico viejo abrió un cajón estrecho del mostrador y sacó una caja pequeña y redonda, que tenía dentro varias bolitas de color de rosa. Con ellas había una nota doblada, explicando su utilidad. Además, el hombre sacó unos pequeños tapones de goma, metidos en un envase de plástico. Tenía cada tapón un cordoncillo azul, para que una vez utilizados pudieran sacarse de los oídos sin dificultad, tirando del extremo del cordón. Los había de tres tamaños y

eligió el más grande. Ya que no puedes hacer callar al mundo, pensó, y tampoco a sus ruidos, sí puedes aislarte de ellos. Experimentó las ventajas del no oír: los sonidos estaban velados, sabía que la gente estaba hablando a voces de sus cosas, interrumpiéndose unos a otros a cada paso, pero el no entender lo que decían le procuraba una gran tranquilidad. Había padecido últimamente dolores de cabeza. Su oído era fino, y sus nervios sensibles. Así que cualquier cosa, el pasar de una hoja o el crujir de una silla lo hacían saltar y estar constantemente alerta. Lo afectaban las conversaciones, las daba vueltas en su cabeza (sobre todo, si oía dos o tres a un tiempo), y más que el trabajo lo agotaba la tensión. De modo que el primer día, un tanto cohibido empezó utilizando las bolitas rosa, de cera amasada con algodón, se tapó los oídos temiendo a cada paso que alguien desde atrás le dirigiera la palabra, ya que se había situado de espaldas a todo el mundo. Temía pasar por incorrecto o por tonto a los ojos de los otros. Pero eso fue el primer día. Tenía que confesar que no había logrado vencer del todo esa sensación, pero ya estaba mitigada. Llegaba allí, se colocaba los tapones de goma con su cordoncillo azul que emergía del oído como un fino gusanillo inmóvil, y desde entonces el maravilloso invento suizo (así rezaba el prospecto), lo sumía en una dulce penumbra sonora que se parecía mucho a aquélla que se disfruta en la bañera, cuando se meten las orejas por bajo del nivel del agua. Aquí también los ruidos se volvían más sordos. Los primeros días eso le molestaba, pero le compensaba el poder defenderse de las conversaciones superficiales. Sus nervios se habían calmado, sufría menos y estaba optimista, y desaparecían los dolores de cabeza.

ESCRITOR

Tenían que pasar los años para que aprendiera a adquirir aplomo, fuera capaz de enfrentarse a un grupo vociferante, y además dominarlo. Exponer sus opiniones, y quedarse como flotando por encima de intenciones oscuras y manifestaciones hipócritas. Aunque luego el sufrimiento acudiera a su cita, ya en la soledad de la alcoba. Aunque notara las sienes reventar, y la cabeza como un ovillo endemoniado. Pero ahora su voz sobresalía entre todas, y era una voz sincera aunque no diplomática. Sonaba fuerte y veraz, sin ninguna inhibición. Luego vendría la hora de contrastar su opinión con las de otros, de no querer cerrarse en una urna de cristal, porque sabe que puede estar equivocado, que quizá él estaba errado y los otros no. Por eso tiene que acudir a una consulta, y un médico joven y lleno de vocación lo mirará con ojos agudos, que tanto

tienen que sufrir todavía. Le dirá que no hay nada orgánico en sus dolores de cabeza, pero que debe cuidarse un poco más.

Piensa a veces si no estará loco, cuando considera con una cierta serenidad la tarea a que se ha sometido. No necesita usar demasiado el sentido crítico para advertir la futilidad de un tal esfuerzo, pero se ve en cierto modo obligado a seguir. Como si el no hacerlo lo sometiera a un vacío insoportable, como un caracol al que desposeyeran de su concha. Ve muy descabelladas perspectivas para esto que hace. Por otro lado, no podría hacer otra cosa. ¿Qué haría, si no hiciera esto? Permanecer inactivo durante sus ratos de ocio le parece imposible. Podría dedicarse a leer, pero no tardaría en caer en la trampa.

Por ejemplo: ¿Por qué ha empezado a escribir unas informales memorias? Dada la penuria de las editoriales no cuenta con un mínimo de probabilidades de poderlas publicar. Además, ¿a quién podrían interesar las vulgares vicisitudes de un hombre insignificante como él? Quizá, cuando haya trasladado al papel sus recuerdos, pueda, bien cocinados, trasladarlos a relatos o a novelas. Es una posibilidad, aunque siempre "se le vería el plumero". Ha pensado guardar sus memorias, por si algún día (cosa bien problemática), llega a ser una figura en el mundo de las letras. Puedan interesarle a alguien, o alguien se digne publicarlas. Habrán pasado muchos años, y ciertos datos no resultarán comprometedores. Por fin, había expresado un voto ante sí mismo: FUERA LO QUE FUERA, DEDICARÍA HASTA SU ÚLTIMO ALIENTO AL CULTIVO DE LA LITERATURA.

ALAMBIQUE

Volvía a su memoria el alambique, resonaban los cascos de las caballerías remontando las calles empedradas, un diluvio de sol bañaba las cimas veteadas de blanco. El vuelo de los pavos reales y sus gritos como graznidos, el rosal de pitiminí y en las cuadras caballos pateando, sacudiendo las crines, de cuando en cuando un largo relincho quebraba el silencio. El calor subía de las tierras bajas mezclado con los aromas del arroyo, y en la cocina las mujeres se afanaban avivando el fuego con los soplillos de esparto. Probaba la sopa espesa donde sobrenadaban trozos de calabaza, al otro lado de los postigos cerrados. Horas soñadas de la infancia, junto a la palmera del jardín, los jacintos y las grandes hortensias.

Arrancábamos los panecitos pegados al tallo, que llamábamos adormideras. A la fuente bajaban a lavar las mujeres, con barreños llenos de ropa a la cabeza. Luego habían hecho lavaderos de cemento, y seguían

bajando las mujeres. El agua se llenaba de espumas y siempre había alguna vieja o alguna mocita lavando, vestidas con ropas negras de luto, que estaban ahora pardas por el sol. Cerca estaban los cebaderos y la casa del tío Eustasio, con dormitorios en el piso de arriba, donde dormíamos todas juntas la siesta en verano, juntando las camas o echando los colchones al suelo. Había una alberca grande donde nos bañábamos, y había alacranes y también culebras por allí.

En el pueblo todo los que habían ido a Alemania volvían ricos, o no habían vuelto todavía y mandaban dinero a sus casas. Las casas eran las mismas de siempre, o al menos ocupaban el mismo sitio que siempre, porque no había sitio para más, pero las habían arreglado mucho. En todas había un tresillo al entrar, y en las paredes un papel con flores grandes, y en cualquier rincón habían apañado un cuarto de baño con losetas hasta arriba. Alguno hasta con grifos dorados. Las casas seguían siendo pequeñas, porque el sitio no daba mucho de sí en aquel lugar tan apretado. Pero habían derribado algunas, y en el mismo solar habían levantado una moderna de dos pisos. El pueblo no parecía el mismo, y la gente estaba orgullosa. Subieron por la calle del Tajo y estuvieron llamando a algunas casas. Antonia asomaba la cabeza por todo los portales que veía entreabiertos, y preguntaba en voz alta: ¿Hay alguien? En algunas casas había alguien, y todos la recibían con cariño, y con orgullo, y les enseñaban las novedades y hablaban de los que estaban en Alemania.

CONSULTA

Hasta que no puedes vivir así, tienes que tomar una decisión y te niegas a tomarla, haces planes una y otra vez, tomas posiciones y en un momento todo se viene abajo. Tenía aquellas señas, tenía que romper con el miedo y las cadenas, cruzar la plaza soleada, entrar en el portal y detenerse ante la puerta de madera oscura y entreabierta, ingresar en la oscuridad y subir los peldaños, sujetándose a la barandilla para no caer. Es una escalera estrecha y mal alumbrada. Llega al primer rellano y se detiene, porque es ahí. Sobre la puerta estaba en una placa el nombre del médico. Iba a alargar la mano y pulsar el timbre, se hubiera vuelto atrás pero se venció y estuvo llamando. En realidad, no recordaba ahora lo que vio allí dentro, había un largo pasillo y una habitación al fondo, aunque quizá él mismo la hubiera inventado después. Y había un balcón sobre la plaza que, ese sí, tenía que haber existido. Seguramente con visillos deslucidos, porque todos los balcones sobre la plaza los tenían así,

amarillentos por el sol y el polvo, y aguardó, seguramente en silencio. No se atrevía a mirar los lados y había cuchicheos, ciertamente, y había con toda seguridad una pequeña mesa de estilo indefinido y anticuado, y habría, cómo no, revistas en esa mesa. Sí, en un tablero al efecto, y serían números atrasados. Estuvo por tomar una y ojearla, sería un número atrasado pero pensaba que siempre sería mejor que nada. Iba pasando hojas con acontecimientos añejos de bodas reales y divorcios, aventuras galantes con protagonistas de cine que empezaban a oler a rancio. Parejas separadas que le constaba habían rehecho sus vidas tiempo atrás, y ya estaban a punto de separarse de nuevo, cada uno por su lado y con su nueva pareja, que ya no es nueva, que ya lleva consigo un nuevo hastío. Le empezaba a gustar aquello, el husmear en hechos sin actualidad, que con esto revivían, y sentía entonces que pasara el instante, que estuviera a punto de entrar el segundo paciente, y que cuando el segundo pasara sería sólo él, en aquella sórdida saleta con un balcón a la plaza soleada. Con visillos desteñidos, aunque después del tiempo no sabía seguro si la masilla de los cristales estaba desprendida o acaso lo había soñado, o acaso lo había inventado, con esa imprecisión que siempre tuvo para recordar hechos reales, con ese barullo que lo precipitaba a tomar como reales cosas que no lo eran.

EL CAFÉ

-El tío-abuelo decía: "que calentito y que malo está este café". Situaba cuidadosamente la cafetera de plata -o quizá no fuera de plata, sino sólo bañada, algo así como plata meneses-, y en su parte superior, formada por una pieza cilíndrica con diminutos agujeros que sostenía debajo una buena cucharada de café molido de Gibraltar, iba vertiendo cuidadosamente con la pericia y el mimo convenientes, el chorrito humeante del agua que acababa de hervir. Él, con su fruncido entrecejo y unas gafas de fino aro dorado, con profundos surcos en torno a unos labios carnosos, provocados quizá por una sonrisa zumbona, o quizá por sus brotes de cólera, con su americana completamente limpia y escrupulosamente planchada, a juego -mejor dicho, formando un todo- con sus pantalones de impecable raya, y unos zapatos de rejilla, marrones con remates en blanco, que la criada repasaba a diario con sumo cuidado de que el tinte blanco no inundara la zona enrejillada de fina piel marrón, ni que la crema tampoco ensuciara la blanca punta del zapato, adornado con agujeritos pequeños de menor a mayor, y cuidando de que el cordón de trencilla se mantuviese impecable, sin restos de la crema marrón ni del tinte blanco.

El agua hirviente atravesaba el grosor de un dedo que ocupaba el molido café de Gibraltar, que habría traído bajo sus refajos la contrabandista gorda y colorada, con olores a sierra y a montuno, y caía en pequeños chorritos al cilíndrico vaso de cristal, embutido o preso dentro de un cilindro mayor hecho en filigrana de plata, quizá sólo bañado en plata, en plata meneses. Luego él, con el mismo gesto delicado con que se sujetan las alas de una mariposa en la cartulina color hueso, desprendía el filtro de la taza, acercaba ésta -la taza- a su nariz, y parecía aspirar un aroma embriagador. Sin aguardar a sentarse, de pie junto al aparador que tenía talladas cabezas de guerreros, junto a la jamuga fabricada en madera de castaño, con asiento de cuero repujado donde también podían distinguirse dos cabezas tocadas por sendos cascos picudos, tomaba la taza con la punta de los dedos, asiéndola por el asa de plata -o de plata meneses-, y la apuraba al tiempo que cerraba los ojos. Y luego, murmuraba para sí, frunciendo aún más sus rasgos duros, como tallados en la madera del sillón: "Qué calentito y qué malo está este café".

ANFETAS

No sentía ningún hambre, con aquellas pastillitas livianas y pequeñas, y tan blancas. Tomaba una por la mañana y otra al mediodía y no se acordaba de comer. Un vaso de agua como primer plato y otro como segundo y otro de postre, y sólo para seguir un rito, para evitar que costumbres ancestrales se perdieran. Para seguir las costumbres que impone la civilización. Alguna vez se subía a una higuera junto a las mimosas y se comía algunos higos. Ni siquiera miraba si tenían gusanos. La higuera daba dos cosechas en la temporada, la primera de higos dulces y verdes y la segunda de brevas. Se desayunaba apenas con dos dedos de leche en un vaso, y una gota de sacarina. Luego se ponía el bikini marrón que se había confeccionado con un bañador del año pasado, para que el sol le diera en aquel vientre lleno de estrías como gusanillos blancos. Bien untada de aceite de nueces, aceitados la cara y el cuello, los brazos y las manos y las uñas para que no se rompan. Y hasta el pelo engrasado, y las plantas de los pies para que no se resequen. Tumbarse boca arriba o boca abajo cerca de las rocas, no lejos de la muchacha holandesa que llegó tan blanca y está tomando un bonito color. El sol le quema el vientre y los ojos cerrados, aguanta los rayos abrasadores que hacen su labor. Es como si las grasas acumuladas se derritieran bajo la dermis, el pecho está más blando, y blanco. Entra en el agua y la capa de aceite se despega y sube a la superficie, uniéndose a otras tantas lociones

de aceites cutáneos que usan otras bañistas, y así al final de la mañana las pequeñas gotas se unen formando una película tornasolada y sobrenadante, con colillas y bolsas de plástico, pajitas y algún papelillo cuadrado, o un condón hinchado y lacio como un despojo de placer. Vuelve a la arena. Allí sigue la muchacha holandesa, debe ser holandesa aunque nunca habla, ni siquiera cambia una palabra con una dama corpulenta que toma el sol un poco más allá, y que debe ser su madre. O quizá su tía, porque ambas llegan a la playa al mismo tiempo y se sitúan a ambos lados de una roca, extienden en la arena sus toallas multicolores y se tumban al sol. Sin hablarse, con el rostro achicharrado, con los carrillos llenos de crema grasienta. A ratos boca abajo, la frente apoyada en los antebrazos, y los antebrazos en la toalla multicolor. El sol avanza imperceptiblemente, ya ha alcanzado su cenit, se acerca a la línea que forma, arriba, el acantilado. Las horas pasan y el mar sigue lamiendo dulcemente, agitando la capa de grasa más consistente cada vez.

PIES

No llegaba a resultar zurrapiento, pero tampoco limpio. Tenía el cabello rojizo, rizado en bucles menudos; sus ojos eran, no obstante, hermosos, tanto como lo serían los de su hijo, aquel niño bello de cabellos ensortijados y rubios que quizá -por un capricho de la naturaleza-, se tornarían con el tiempo en rojizos, tal como los de su padre. Él (el padre), lucía un gran bigote también rojizo, algo descolorido -quizá por la acción de la nicotina, o del alcohol-, bajo una nariz prominente, algo ganchuda, y ella -la suegra-, no podía imaginarse cómo la hija -tan mirada y tan exigente-, podía haberse enamorado de aquella nariz. Y no era todo, sino que su indumentaria -la de él-, aunque no pudiera llegar a tildarse de zurrapienta, sí podría merecer sin ninguna duda el epíteto de descuidada. Sobre todo si se tiene en cuenta que las camisas de él -casi siempre confeccionadas en basto tejido de un algodón de colorines, procedente de alguna aldea del altiplano-, ostentaba bajo los brazos -en los sobacos, en las axilas-, unos corros oscuros debidos al prolongado sudor. Llevaba siempre pantalones vaqueros dados de sí, en los que los pliegues salientes habían tomado un tono de azul más claro, por causa del roce repetido, y zapatos de cuero marrón. Bajo los zapatos iban los calcetines, a veces colorados, a veces negros. Y cuando él se descalzaba los bastos zapatos, cuando removía los dedos bajo los calcetines colorados o negros, según, un aroma a quesos recocidos inundaba la estancia, aquel coquetón dormitorio, y salía en volutas a través del pasillo con suelo de parquet

recién barnizado, tomando después la dirección de la cocina donde la asistenta fregaba los utensilios utilizados poco antes para confeccionar el par de tortillas de patata, una con cebolla y otra sin ella, ésta la preferida -la tortilla sin cebolla- de casi todos los miembros de la familia aquella. Bien, el olor a quesos húmedos se introducía en la cocina, y según de dónde soplara el aire, también en el salón alfombrado que tenía el parquet cubierto de alfombras persas fabricadas en Tarrasa, y las paredes tan llenas de cuadros y otros adornos que era difícil distinguir alguna zona libre de adorno. Allí, la dueña de la casa -la suegra de él-, fruncía la nariz, movía la cabeza, suspiraba pensando cómo la muy desatinada de su hija, la que coleccionaba frascos con geles y toda clase de champús, con cremas suavizantes para las manos y para la cara, colonias finas marca mandame Rochas, era capaz de soportar el fuerte olor a sudorina de aquellos sobacos -axilas-, y el que se producía cuando él -el compañero de su hija-, procedía a sacase sus zapatones y agitar con un suspiro de alivio los dedos de los pies, bajo los húmedos calcetines negros o rojos.

UN MAESTRO

Era un hombre áspero, nunca se prestó a mórbidos juegos afectivos tan comunes entre alumnos y algunos profesores. Era, sobre todo, una persona sana de espíritu. Quizá esto lo pensaran los muchachos después de abandonar el colegio, no cuando lo tenían de tutor. Porque como profesor era terrible: se daba entero, entregaba media vida en la explicación de sus clases, era metódico, exacto, inflexible. Ellos le tenían terror entonces. Preguntaba siempre a todo el mundo, y varias veces. Sus facciones eran tan duras como su temperamento. Tenía una gran nariz, pómulos marcados, unos ojos marrones y profundos. Era delgado, puro nervio. En los muchachos, el miedo se anteponía al afecto. Pero al salir veían las cosas de un modo distinto: era aquel un hombre humano y comprensivo, muy inteligente.

Pleno de vida y de experiencia, era un humanista. Amaba la literatura y el arte, dibujaba muy bien, sabía música y era el encargado de dirigir las funciones de teatro. Había entrado de religioso no demasiado joven, y conocía bien la vida y la psicología de las gentes. Su religión era abierta, ecuménica, una religión inteligente. Dejaba una profunda huella en la mentalidad de sus alumnos, les comunicaba una visión amplia y universal, católica en el sentido estricto, más que en el jerárquico y deformante. Hacía bonitos dibujos en el encerado, utilizando tizas de colores, y enseñó

nuevos sistemas de representación a sus muchachos. A los pequeños los ayudaba en sus felicitaciones de pascua, y los enseñaba a trazar siluetas negras sobre un fondo punteado de color. También tenía una buena voz. Físicamente era un hombre macizo y no alto, pero tampoco grueso. Llevaba la cabeza firmemente asentada sobre el cuello.

Luego, su vida se apagó por causa de una terrible enfermedad, un cáncer de estómago que lo había reducido a un esqueleto viviente. Carlos fue uno de los últimos que lo vio y pudo hablar con él.

GATOS

La gata ha empezado a adelgazar y a hacerse más huraña cada vez. No aparece por casa, cuando viene se pone de uñas y con los pelos erizados, como una fiera. El pelo se cae a corros, y es una visión. El tío sigue llamándola por los pasillos, bo bo, y ella acude y lo roza un momento, pero luego huye como una endemoniada. Pero tiñosa y todo no deja de tener hinchada la barriga, que trajín, aunque ahora ya no es lo mismo. Deja a los gatos tirados en cualquier rincón, pero ante los ha matado a mordiscos. Ha tenido tantos que ya es una gata con experiencia. Y como está desesperada, mata a los gatos cuando nacen. Pobre gata, atropellada por los gatos grandes y gordos que abusan de ella, y tiñosa y todo tiene que gestar a las crías que se alimentan de sus huesos. Y en cuanto había parido a los gatos los mataba a mordiscos.

Pero ella se cagaba en el gato aquel. La pobre Gondolina cada vez más flaca, y ese gato asqueroso. Ella echaba sardinas y otras cosas al patio, pero el muy sinvergüenza salía debajo de la galería, y se comía todo relamiéndose. Encima mordía a la gata que salía aullando, muerta de hambre, con el rabo entre las piernas. Y el gato maldito cada vez más gordo. La gata ya andaba furiosa, aullando a todas horas, la portera salía al patio con ojos de loca y su cara de gurrumina, y un hocico arrugado y pelos en el bigote, se reía y acariciaba a su gato sumiso, mi bonito, decía, mi gatito. Y la Gondolina maullando debajo de la galería.

Eran unas sardinas hermosas. Las partió por la mitad, y con mucho cuidado las fue rellenando de aquellos polvos grises. Cuando estuvieron rellenas se asomó a la ventana de la galería. La gata acudió, pero también acudió el gato y la espantó de un zarpazo. Con qué gusto estuvo comiendo las sardinas, pero con más gusto ella miraba cómo se las comía.

La portera lloraba y gritaba. Quién habrá matado a mi gato, decía, como yo llegue a saberlo. Eso ha sido la campaña de desratización, seguro, la consolaba ella.

¿De qué ha muerto su gato? Pobrecillo. Parecía que se hubiera quedado viuda, suspiraba a todas horas por su gato y la miraba de una forma retorcida, como pensando: ¿No habrás sido tú? Debió ser algo de comer, la Gondolina también lo comió. Pero ella comió menos, como el gato no la dejaba. Por eso hubo que rematarla, fíjese si es desagradable. Hubo que matarla a palos. Y el trabajo que les costó, y estaban invitados a una primera comunión, así que vea qué desagradable. Casi no pudieron probar bocado. La portera no hacía más que entrar y salir y llorar, como si se hubiera quedado viuda. Miraba los sitios por donde antes andaba su gato y luego a ella con mirada retorcida, como diciendo para sí: habrá sido tú. Maldito gato chulo, sacamantecas, bien merecido te lo tenías. Gato gordo, gato con ojos de demonio, como su dueña.

PORNO

Por fin lo ha decidido: de hoy no pasa que vaya a ver una de esas películas con vitola de escándalo. Las que todo el mundo ve, seguramente también ellas las han visto. De modo que consulta la guía de espectáculos, hasta dar con la más escandalosa, un festival erótico. Tenía tiempo de sobra. Quería llegar con la luz apagada, temía que alguien conocido la viera. Tomó el autobús, ella pensó que todos la miraban de reojo. Todos, hombres con abrigo y sombrero y amas de casa, y estudiantes que sabían muy bien que se disponía a ver una película porno. Trató de evitar sus miradas y esconderse tras de las gafas, y de las solapas de su abrigo. Quizá hubiera debido ponerse peluca. Las manos le temblaban dentro de los bolsillos del abrigo. Hasta le castañeteaban los dientes, quizá por los cafés que se había tomado. Tuvo que marchar un trecho andando. No conocía la calle ni el cine, y el corazón galopaba dentro del abrigo gris. Por fin divisó el local. Dio una primera pasada, casi sin atreverse a mirar, y se detuvo ante una tienda de objetos de regalo. De ese modo, podía espiar a los que entraban. Vio a algunos muchachos jóvenes, y a un hombre mayor. "Casi me da vergüenza entrar", le dijo la chica de la ventanilla. "Pero quiero saber qué fue lo que vieron mis hijos ayer". Fue la genial explicación que le acudió, teniendo en cuenta que ni estaba casada ni tenía hijos. Ella sonrió, asintiendo, y le dio un pequeño tique. Le dijo que la película no había comenzado, que empezaría enseguida, y ella volvió al escaparate de los objetos de piel. Luego entró en el local como una tromba, al portero delgadito le dio la misma explicación que a la chica. No debía tener aspecto sospechoso, llevaba un abrigo sencillo y el pelo mal peinado en un moño. Llevaba gafas y no se había maquillado apenas. El

hombre sonrió también, y la precedió en la sala. Le rogó que la situara cerca de la puerta, pero luego se arrepintió porque había una luz colorada, y cada vez que alguien entraba o salía tenía que taparse la cara con la mano. No se quitó el abrigo, aunque era bien consciente de que se estaría arrugando. Aquello había empezado y era un sketch antiguo, del cine mudo, donde varias personas se acostaban unas con otras y hacían sus cosas a toda velocidad, a los acordes de una música frenética, mientras los vecinos escuchaban a través de los tabiques. Luego hubo dibujos animados, donde el protagonista perdía continuamente sus armas de ataque, y se pasaba el tiempo recobrándolas. Y un stip-tease con negrita incluida, que le pareció estúpido. A continuación imágenes psicodélicas, quizá de un amante derogado, donde se admiraban bonitos colores. En un momento surgían misteriosas curvas y pilosidades, grietas inquietantes, superficies lisas y blancas, nuevos pelos y nuevos intersticios. Aquello, al menos, la intrigó. Al final se vio que se trataba de un bebé desnudo. Fue de un efecto sorprendente.

ACADEMIA

Estabas ya en la Academia, y apenas te veíamos en casa. Yo te oía hablar de todo aquello, y de los sitios que habías conocido. Viajabas en motocicleta, y para combatir el frío te envolvías las piernas en papel de periódico. Eras un muchacho normal, físicamente muy guapo, y tenías amistades de todas clases. No eras tímido, aunque sí introvertido. Por entonces te estabas quedando muy delgado. Un día entraste diciendo que dos mujeres se habían reído de ti. Habías cruzado los brazos de una y le dijiste: "Así puede mirarme, así puede reírse mejor". Yo caí en la cuenta de que no estabas en tus cabales. Últimamente parecías más piadoso que antes, te levantabas pronto y te ibas a misa. Un día llegué a casa y oí en tu cuarto unos gritos horribles, y luego una tremenda carcajada. Te encontré sin sentido, con la frente oscura e inflamada por un golpe, de tal forma que no se te veían los ojos bajo la inflamación. Luego te llevaron de allí, a algún lugar en que podían curarte. Quise ir a verte, pero no me dejaron. No llegué a inquietarme demasiado, de casa te llevaban ropas y comida. Era por el mes de junio, me fui de vacaciones y cuando volví ya estabas en casa. Seguíamos charlando como antes, pero no hablábamos de lo sucedido. Alguien te notó algo extraño en los ojos, yo te veía igual. Para mí, nada había cambiado. Pasé el invierno interna, pero los domingos por la noche hablábamos como antes. Te angustiaban algunas cosas, como tu relación con las muchachas, y ahora más que nunca. Te gustaba alguna, pero no llegabas a formalizar ninguna relación seria. En casa

evitaban el tema de tu enfermedad, y a cualquier alusión seguía el silencio de todos. Yo andaba envuelta en fantasía religiosas, y la vida transcurría plácidamente. Luego, conociste a mi futuro novio. Y más tarde empezaron mis dudas, mis crisis. Estaba nerviosa, y tenía miedo de volverme loca. Cuando algo se me caía de la mano, mi barbilla se contraía, y yo veía en ello un síntoma peligroso. Al aceptar a aquel muchacho, me sentí liberada. Decidiste pasar en casa las vacaciones siguientes, y salimos de viaje juntos. Te noté excitado y extraño. Dormimos en una pensión, y salimos por la mañana.

Durante el verano discutiste con alguien en forma violenta. El tío no sabía lo que había ocurrido, y fui yo quien se lo contó. Al parecer, habías padecido esquizofrenia, y la palabra fue más expresiva para él que para mí. Alguien dijo que no deberías casarte, y sí ingresar en alguna asociación. Me recomendaron que cerrara el pestillo por las noches. (Alguien había perseguido a mi madre con un cuchillo, cuando yo era muy pequeña, y tenía miedo). Me regañabas si me ponía para bailar una blusa transparente. Te inmiscuías en los asuntos de la casa, y según tú los gastos eran excesivos. Aquel verano comprarse varios discos, y saliste con amigas de casa. Después, yo no podría oír esos discos sin llorar. Parece que conociste a una chica que te gustó de veras. Fijasteis la fecha para la petición de mano, y empezaste a comprar camisas, pijamas y ropa interior. En tus viajes hablabas de ella con entusiasmo.

CRISIS

En su primera juventud tuvo crisis de fe, crisis anímicas que lo hicieron sufrir. La oración era un tormento, la buscaba como el agua para beber pero le estaba negada. Indagaba el motivo de su angustia. Luego, con el tiempo, las aguas volvieron a sus cauces. Padeció una Iglesia medieval, donde cualquier opinión personal estaba vedada. Muchas de las nociones establecidas repugnaban a su razón.

Más tarde vinieron las perturbaciones psicológicas. Sólo una fe grande lo ayudó a sobrellevarlas. Fue entonces cuando, acuciado por la necesidad, elaboró su propia filosofía. Llegó a la conclusión de que, de una forma u otra, todo lo que nos perturba no es verdadero. Sutil apreciación que, a través de los sufrimientos, permite ver claro y arma a la persona de una cierta ponderación con respecto a los demás, al mundo material y también al de las ideas religiosas. Basándose en este principio empezó a comprender a los hombres, a las diversas religiones, y se fijó un esquema de lo que la Providencia puede jugar en el destino de todos. Buscaba la

paz en todo, en los demás y en la vida, pensaba que no había que forzar las conciencias, y creía posible convivir en paz, en medio de las ideas más dispares. No concebía a Dios como a un verdugo, pero sí que la Iglesia oficial podía llegar a serlo, con tal de mantener una supremacía espiritual, como si temiera siempre que le fuera arrebatada. Creía en Jesucristo, en su figura humana y divina, y que estaba muy por encima de lo que de Él cuentan los evangelios, aunque ellos marquen una pauta. Creía que Cristo se manifiesta a cada uno, de una manera misteriosa y única, y que en cada cual despierta sentimientos distintos, según la propia personalidad. Lo consideraba un compañero en el camino, que a cada cual ayuda y alienta en su propia vocación. Que estaba en cada momento, de un modo misterioso, pero amando a todos sin excepción, aún a los que no lo conocían, y también trabajando por ellos.

Capitalismo, suerte de mafia poderosa que nunca podrá ser desterrada. Maldición evangélica, aunque sean los propios ricos quienes parezcan no advertirlo. Cristo perdonó a todos, comprendió todos, amó a la adúltera, pero no transigió con el rico. Como si el único pecado verdadero fuera el de ser rico. Y, paradoja inexplicable, el rico se ha hecho desde siempre portador de la Doctrina. Qué juego o engaño de la Historia lo ha permitido, no puede explicarse. La Iglesia oficial es rica, las órdenes religiosas lo son en gran medida. Y sin embargo el evangelio está ahí. Vemos ensalzado en la práctica todo lo que Él aborreció.

Y lo grave es que muchos de estos creen estar en posesión de la Verdad. ¿No saben leer, o es que los conceptos se han acartonado de tal forma que no puede distinguirse la mentira de la verdad? ¿Habrá perdón para tales personas, o en el fondo ninguna es inocente, están jugando con los conceptos y ofreciendo un sacrificio a Moloch?

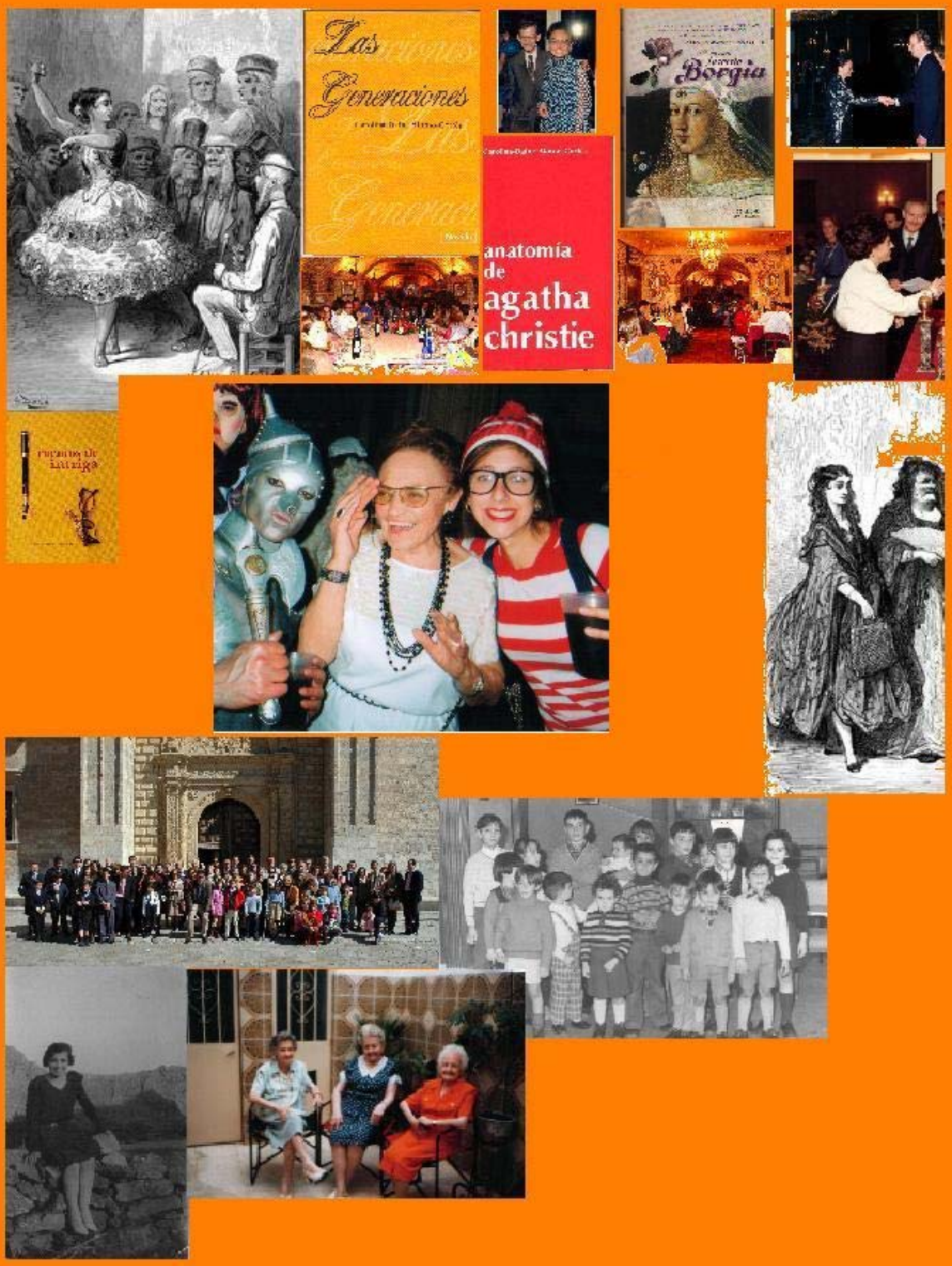
Hay potencias poderosísimas que apoyan el sistema; que abusan de cualquier poder, por infernal que parezca, para imponer su ideología haciendo gala de libertad.

-Soy pesimista con respecto al futuro -seguía. -El reino del Mal tiene demasiado ascendente entre nosotros. Aunque siempre seguirá la lucha, aunque los que luchen lo hagan a la desesperada, aunque las mismas congregaciones o comunidades religiosas se presten al juego. Tomen como bandera los preceptos que tergiversan. Mi estilo puede parecer adusto, pero no están las cosas para bromas.

Alguna vez, casi no lo recordaba, se fió de algún político. Quería creer en las ideas intactas de alguien, ideas arriesgadas y desprendidas. Pero se vio chasqueado, y retiró a todos su confianza. La raza política quiere medrar a toda costa. Y están los *iluminados*, que han causado tantas tragedias a los pueblos. Gente salidas de la nada, que escalan puestos por medio de la suerte, o de la falta de moralidad. Psicópatas poseídos de

manías de grandeza, que atropellan lo que se opone a sus planes. No en bien de la comunidad, sino de ellos mismos. Para subir no reparan en medios.

Tienen una fuerza tal de persuasión que se hacen recibir por las masas como elegidos de la Providencia, en un lugar y en un tiempo determinados. Son enfermos, pero mientras la enfermedad se mantiene fuera de sus últimos extremos, arrastran a las multitudes tras de sí. Sobran ejemplos de la historia. Nerón, Enrique VIII, Napoleón y Hitler. Malo es ello, pero al menos no hicieron gala de liberalismo. Su opinión era clara, y era buena por ser suya, y los otros estaban obligados a seguirla. Pero había otra clase más sutil, de aquellos que bajo apariencia de liberalidad llegaban a los mismos fines. El deseo de poder alcanza cotas inimaginables.



KNOSSOS